

*El gran misterio de Dios
sido en subsistencia eterna y suficiencia infinita,
abarcado en un acto simplicísimo
e inmutable de eternidad*

* * *

*Dios es un misterio de unidad
en intercomunicación familiar
de vida trinitaria*

* * *

*La Iglesia, misterio de unidad,
porque es la congregación de todos los hombres
en Jesucristo con el Padre y el Espíritu Santo,
por medio de la Maternidad universal
de Nuestra Señora de la Encarnación*

Madre

Trinidad de la Santa Madre Iglesia

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
SÁNCHEZ MORENO
Fundadora de La Obra de la Iglesia

*El gran misterio de Dios
sido en subsistencia eterna y suficiencia infinita,
abarcado en un acto simplicísimo
e inmutable de eternidad*

* * *

*Dios es un misterio de unidad
en intercomunicación familiar
de vida trinitaria*

* * *

*La Iglesia, misterio de unidad,
porque es la congregación de todos los hombres
en Jesucristo con el Padre y el Espíritu Santo,
por medio de la Maternidad universal
de Nuestra Señora de la Encarnación*



Ediciones La Obra de la Iglesia

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Nil obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Imprimatur: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General
Madrid, 22-2-2002

4ª EDICIÓN

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia Sánchez Moreno y de los libros publicados: «LA IGLESIA Y SU MISTERIO» y «VIVENCIAS DEL ALMA»

1ª Edición: Febrero 2002

© 2002 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006

C/. Velázquez, 88

Tel. 91.435.41.45

ROMA - 00149

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 06.551.46.44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

www.laobradelaiglesia.org

www.clerus.org *Santa Sede: Congregación para el Clero*
(Librería-Espiritualidad)

ISBN: 84-86724-29-5

Depósito Legal: M. 35.580-2006

Imprime: Imprenta Fareso, S. A.

Paseo de la Dirección, 5. 28039 Madrid

EL GRAN MISTERIO DE DIOS

¡Oh pletórica y desbordante sorpresa la de la criatura, acostumbrada a vislumbrar sólo las cosas creadas, que, levantada por el único y subsistente Ser en trascendente ascensión, e introducida en la sapiental sabiduría del que se Es; penetra, barruntando, saturada de amor y sobrepasada de gozo, algo de lo que es en sí, por sí y para sí, el único Dios verdadero; que se nos da y manifiesta, en expresión candente e infinita de coeternas canciones, por su Unigénito Hijo, Jesucristo, bajo el impulso amoroso y la fuerza coeterna del Espíritu Santo...!

¡Cómo podrá explicar, ni siquiera balbucear, lo que experimenta el alma, cuando le son descubiertos «los misterios ocultos desde todos los siglos en Dios»¹ en la profundidad profunda y recóndita de la inefable trascendencia de su misterio...!,

para que podamos vivir bebiendo en los raudales insondables e inagotables de sus coeternas Fuentes;

allí en lo recóndito, profundo e íntimo del arcano sacrosanto, misterioso y silencioso de su misma felicidad divina;

¹ Ef 3, 9.

que, divinizándonos, nos hace vivir por participación, ahora mediante la luz resplandeciente y luminosa de la fe, repleta de sapiental sabiduría amorosa, de los torrenciales afluentes de su Divinidad; y, en el mañana de la Eternidad, en la dicha inefable e indescriptible de los Bienaventurados;

llenando todas las capacidades de nuestro ser y existir, creadas solamente para poseer a Dios, y apagando nuestra sed del Infinito en los raudales de sus coeternos Manantiales;

saturándonos en la participación, en gozo de Eternidad, de la misma vida que Dios vive en su misterio insondable de Sabiduría Amorosa en Expresión cantora de eternos tecleares de infinitas melodías; y repletándonos en saturación de los afluentes torrenciales de su misma Divinidad.

¡Oh qué gozo experimenta el alma que, adentrada por el Coeterno Ser en la hondura consustancial de su recámara nupcial y en las lumbres de sus infinitas pupilas, penetra, en el pensamiento divino, bajo el saboreo gloriosísimo de su luminosa sabiduría, algo de lo que es el gran misterio de Dios!;

vivido y contemplado por los limpios de corazón —«Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios»²—; y por los pequeños de este mundo, a los cuales el Padre, por su Unigénito Hijo, Jesucristo, les manifiesta sus secretos:

² Mt 5, 8.

«Gracias te doy, Padre, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes y se las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiere revelar»³.

¡Oh misterio exuberante del Dios tres veces Santo que, en su intercomunicación familiar de vida trinitaria, se hace gustar en deleitable intimidad de amor a los que, con ojos candentes bajo la luz de la infinita sabiduría, Él introduce en la concavidad de la peña de su seno abierto!

Para que allí, en el *Sancta Sanctorum* de su vida divina, envuelto y cubierto por el manto de su trascendente Virginitad eterna y consustancial, se les descubra en el instante-instante de Dios serse lo que es y como se lo es en subsistencia infinita de suficiencia eterna, en su mismo gozo dichosísimo y gloriosísimo de Eternidad...

Por lo que el alma, siendo levantada y medida en aquel banquete de las Bodas eternas, mirando a Dios con sus mismos Ojos, expresándole con su Boca divina, y amándole en el amor coeterno e infinito del Espíritu Santo; participa de Dios, viviendo lo que Él vive en la intercomunicación familiar y trinitaria de su vida divina.

³ Lc 10, 21-22.

¡El gran misterio de Dios es sólo conocido por Jesucristo, su enviado y por «aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar»⁴!

Por lo que, trascendiendo y trascendida en El que Es, balbuceando como puedo cuanto Dios pone en lo más secreto de la hondura recóndita de mi espíritu por ser Iglesia Católica y Apostólica, cimentada en la roca de Pedro, y sólo para que lo manifieste; necesito expresar, en proclamaciones de inéditos cantares, lo que el mismo Dios imprime en mi corazón;

para que, impregnada de su sabiduría divina, y bajo la ruindad, miseria, pobreza y limitación de mi nada poder, de mi nada saber, diga algo del inefable e inagotable misterio, que, en sorprendente expectación, mi espíritu, penetrado del infinito pensamiento, descubre en la profundidad profunda del arcano insondable de la misma Coeterna Divinidad.

¡El gran misterio de Dios...!, ¡penetrado por la criatura reverente que, cayendo en adoración, prorrumpe en proclamación desbordante de gozo ante la contemplación del Ser, del único Ser subsistente que tiene en sí su misma razón de ser, estándosela siendo y teniéndosela sida, en su acto inmutable e infinitamente abarcado de Eternidad, en el misterio glorioso de su intercomunicación familiar y trinitaria...!

⁴ Mt 11, 27.

« Yo sé que Dios se es. Y lo sé, por haberlo sabido en su mismo saber.

Yo sé que Dios se es. Y lo sé en su saber: lo que Él es en su ser.

Yo sé que Dios se es, que Dios se es un ser, ¡el Ser! que, siendo un solo Dios, se es Tres...: Tres divinas Personas en un eterno ser, en un eterno serse poseído por Él.

Y lo sé, porque Dios me ha metido en su mismo saber; y, en su saber, yo sé cómo mi Dios se es el Ser que, por su ser, es tres Personas divinas que, siendo un solo Dios, en Personas es Tres.

Yo sé que mi Dios es. Y lo sé como es, y lo sé tal cual es, sin poderlo abarcar en su mismo saber por mi pobre entender. Pero lo que yo sé, Dios es; ¡y yo sé cómo es...!

Y ya sé lo que es aquel Dios uno y trino que, por su ser, se es... Y ya sé lo que es, porque he entrado en su ser; y perdiéndome en Él, contemplé, en su entender, la razón de su ser...

Y tan íntimamente yo a mi Dios contemplé, que, en la luz de sus "Ojos", con su mismo entender, contemplando su vida, con el Verbo canté...

¡Yo canté con el Verbo aquel mismo Entender..., aquella Luz sin nubes..., aquel Amanecer...!

Yo vi al Padre engendrando de tanto serse ser...; ¡de tanto serse ser en su serse la vida...!;

¡de tanto serse el que es la razón de su mismo entender...! ».

¡Oh si yo pudiera decir algo del que Es, cuando, penetrando la médula de mi espíritu y haciéndome saborear del néctar de su misma Divinidad, me descubre sus misterios;

para que los deleetree en mi canción de Iglesia viva y palpitante, sólo como el Eco pobre, limitado y diminuto de esta Santa Madre, bajo el arrullo y la brisa cadente, silenciosa y sacrosanta del Espíritu Santo;

cobijada en la Maternidad universal de la Virgen, desde donde se nos dio Cristo y, por Él, con Él y en Él, el Padre y el Espíritu Santo; el cual, bajo su impulso amoroso, «nos hace llamar a Dios: “Padre!”»⁵ .

¡Dios...! Misterio de Amor... ¡Dios...!

Todo Dios es un misterio tan dulce, suave y acogedor, tan deseable y apetecible, tan amoroso y trascendente, que si las almas vislumbraran algo de «lo que Dios tiene reservado para los que le aman»⁶, estarían en un continuo lamento, suspirando por la contemplación gloriosa y dichosísima del Dios vivo:

«Como anhela la cierva las corrientes de aguas, así te anhela a Ti mi alma, ¡oh Dios! Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo vendré y veré el rostro de Dios?»⁷.

⁵ Cfr. Rm 8, 15.

⁶ 1 Cor 2, 9.

⁷ Sal 41, 2-3.

¡Dios...!, ¡el Ser simplicísimo que, en su presente eterno de vida infinita y fecunda, se es...!

¡Dios...! sin principio y sin fronteras, sin partes ni mezclas...

¡Dios...! Que solamente con decir: «El que se Es»⁸, en esta frase está dicho todo...

Dios se es en su Eternidad infinita y sin tiempo, y por su Eternidad esencial.

En esa Eternidad, se es sin principio y sin fin; y, por no tener Dios partes, en Él ni hay antes ni hay después.

El día luminoso del Ser –que en Dios no es un día, ni siquiera un suspiro– es como un ¡oh! eterno.

En ese instante, por ser Dios infinitamente perfecto en su abarcación eterna, infinita y personal, es la Eternidad.

Y en ese instante eterno, el Padre, en su júbilo infinito, está contemplando todo su ser y se está contemplando en su persona: en todo lo que Él es, y cómo lo es.

Y por no haber en Dios partes, ni antes ni después, el Padre está contemplando toda la infinitud infinita de infinitos atributos que, en eternidad por eternidades sin tiempo, son un solo atributo y una sola perfección.

⁸ Cfr. Éx 3, 14.

Y en ese mismo instante de serse Dios y estarse siendo todo lo que es, cuanto puede ser y como se lo es y estándoselo siendo; al contemplar sus atributos y perfecciones, y todo lo que Él se es en su Persona y en su ser; en esa Mirada de infinita, profunda, penetrante y consustancial sabiduría divina, rompe en una explicativa Expresión cantora de infinitas y consustanciales melodías, como en miríadas y miríadas de conciertos de ser en sus teclares de canciones eternas de subsistente Divinidad, que es su Verbo.

Y el Padre ama a su Verbo con un amor tan infinito, que se le sale, sin salirse, brota, sin brotar –ya que Dios es hacia dentro, ¡hacia dentro...!, ¡dentro!, ¡dentro de sí!– todo su serse en amor.

Y, en ese mismo instante, se le está saliendo también al Verbo –sin salir– todo su ser recibido del Padre, amando al Padre.

Y, en ese amarse el Padre y el Verbo, en ese comunicarse en amor paterno-filial todo su ser al amarse, surge radiante, triunfante y glorioso, del Padre y del Verbo, la Persona-Amor: el Espíritu Santo, en beso interretornativo de filiación y paternidad divina y amorosa.

El ser que el Padre se tiene por sí mismo, y el que el Verbo se tiene en propiedad, recibido del Padre, es el mismo: «El Padre y Yo somos una misma cosa»⁹; «Todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío»¹⁰;

⁹ Jn 10, 30.

¹⁰ Jn 17, 10.

ya que en Dios, a pesar de que es tres Personas y de que cada una tiene su serse en sí misma en propiedad en su modo personal de ser, hay un solo serse que es el solaz y el descanso de los Tres.

El Padre se lo tiene por sí mismo, el Verbo en sí mismo recibido del Padre —«así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener vida en sí mismo»¹¹—;

y el Espíritu Santo lo tiene en sí mismo, pero recibido del Padre y del Verbo por el ser que el Verbo ha recibido del Padre:

«Cuando venga Aquél, el Espíritu de la verdad, os guiará a la verdad completa porque no hablará por sí mismo, sino que hablará lo que oye y os comunicará las cosas venideras. Él me glorificará porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer. Todo cuanto tiene el Padre es mío; por eso os he dicho que tomará de lo mío y os lo dará a conocer»¹².

Ya que el Padre se lo da todo al Verbo y el Verbo se lo retorna al Padre. Y en su intercomunicación amorosa paterno-filial de amor infinito, hacen surgir, como fruto de ese mismo amor, al Espíritu Santo, que procede de entrambos en abrazo consustancial de Divinidad:

«El Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho»¹³; «El Consolador que Yo os enviaré desde el Padre; el Espíritu Santo que procede del

¹¹ Jn 5, 26.

¹² Jn 16, 13-15.

¹³ Jn 14, 26.

Padre, Él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo»¹⁴.

Surgiéndome en lo más profundo del espíritu el pasaje del Apocalipsis: «Me mostró un río de agua viva, límpida como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza y a un lado y otro del río había un árbol de vida que daba doce frutos, cada fruto en un mes, y las hojas del árbol eran medicinales para las naciones»¹⁵.

¡Oh sublime misterio, lleno de trascendente sabiduría amorosa, repleto y saturado de Divinidad, infinitamente subsistente y coeternamente divino y suficiente, que mi espíritu, subyugado de amor, bajo la luz del Infinito Ser penetra y saborea...!;

divinizándome con la refrescura del agua del Eterno Manantial «que salta hasta la vida eterna»¹⁶ bajo la brisa suave y sacrosanta del Espíritu Santo; siendo introducida en la cámara nupcial del *Sancta Sanctorum* de la misma Divinidad, sólo para que lo manifieste, y pueda, desde el balbuceo de mis pobrecitas y limitadas palabras, proclamar algo de lo que Dios me muestra para que lo manifieste —«abrazándome con su diestra y sosteniéndome con su siniestra, haciéndome desfallecer de amor»¹⁷—, sumergiéndome en el arcano insondable del recóndito secreto de su subsistente y coeterno Ser.

¹⁴ Jn 15, 26.

¹⁶ Jn 4, 14.

¹⁵ Ap 22, 1-2; cfr. Jn 7, 37-39.

¹⁷ Ct 2, 6. 5.

« ¡Oh Sabiduría...! ¡Sabiduría del Eterno Ser...!
 ¡Sabiduría sagrada...! ¡Quién pudiera comprender, en tu mismo serte Ciencia, tu ilimitado Saber...!

Saber que son mil sabores que, sabiendo siempre a amores, nunca se puede saber en tu saberte sabiendo de ilimitado entender, sin quedarse trascendiendo y todo el ser intuyendo en un saber no entender este subido misterio...

¡Oh eterna Sabiduría...!, en tu eternal Entender, sabiéndote en el saberte de tu sempiterno ser, mi pobre mente se pierde en tan subido saber, que, en tu mismo serte Ciencia, sin entenderte, entendiendo, en tu entenderte te sé.

¡Oh eterna Sabiduría...!, ¡quién se pudiera meter en esa entraña entrañada de tu sempiterno ser...!

¡Quién se pudiera ahondar, Sabiduría sagrada, en la ciencia ilimitada de tu saberte saber...!

¡Quién se pudiera abismar tan honda e íntimamente en tu sabroso saberte, que te supiera exponer...!

¡Oh eterna Sabiduría...!, yo, sin saberte, te sé en un saberte sabiendo de limitado entender...

¡Oh eterna Sabiduría!, hoy, en tu ciencia sagrada, quiero perderme abismada en tu mirada divina; para saber, no sabiendo, en tu divino saber, este saber, no entendiendo, de tu ilimitado ser...

¡Oh eterna Sabiduría!, porque te sé, sin saber, porque te sé en tu saberte de ilimitado entender, sé que, sabiendo saberte, me he perdido en tu entender tan honda y tan finamente, que, por saberte, no sé.

¡Oh, cuánto sé del que Es...! ¡Cuánto, en mi pobre manera, yo he llegado a comprender en este modo profundo que en tu seno yo encontré, ahondada en el gran misterio de tu mismo comprender...!

Tu ciencia impregnó mi ciencia, y al yo decirte querer, encendida en tus amores por mi pobre comprender, hoy te pido anonadada, adorante y cautivada, que me des cómo exponer el Misterio que ha robado mi espíritu subyugado por la fuerza de tu ser...

Amador de mis amores..., yo te intuyo..., yo te veo..., yo te entiendo..., yo te sé... ¿Cómo te podré decir, cómo te podré exponer en el modo ilimitado que en tu seno yo encontré...?

¡Dame palabras, mi Verbo, para decir cuanto sé, aunque me ahogue la pena de decirte sin poder...!

¡Pero, o te digo, o me muero por la fuerza incontenible de tu infinito poder, que me impulsa fuertemente a que diga cuanto sé...! ».

¡Oh...!, ¡misterio de los misterios es Dios en su vida íntima, subsistente, familiar y trinitaria...!

Pues, a pesar de que lo que le hace al Padre engendrar es la contemplación sapientalmente infinita de su ser; por ser la vida de Dios un presente eterno, sin partes, sin principio y sin fin, sin ahora ni después;

el Padre está contemplando en su seno, eterna e infinitamente, no solamente su serse esencial de suficiencia y subsistencia infinita, sino que está contemplando a su Verbo, su persona y su ser;

y está contemplando el momento eterno de su eterno engendrar a su Verbo;

y está contemplando el momento eterno de ser engendrado su Hijo, ese Hijo que es engendrado y está siendo engendrado como fruto de su contemplación.

Y, en ese mismo instante eterno, el Padre está contemplando en su seno a la persona del Espíritu Santo, y la procedencia amorosa del Espíritu Santo de su Hijo y de Él; de ese Espíritu Santo que es el fruto amoroso de su paternidad divina y de su Hijo engendrado.

¡Qué misterio de profundidad tan honda y de trascendencia tan infinita...!

Porque el Padre, a pesar de que lo contempla todo, y que como fruto de su contemplación es engendrado el Verbo; en su única Mirada eterna de consustancial, infinita y sapiental sabiduría, contempla a su Hijo engendrado y al Espíritu Santo procedido y procediendo de ambos.

El Padre se es una eterna Mirada de infinita y sapiental sabiduría, tan fecunda, que esa

misma Mirada Él se la es por su subsistencia infinita, sida por sí, en sí y para sí.

Y, al sérsele, abarca en su coeterna abarccción, en esa penetrante Mirada, a su Engendrado único y al Amor de ambos; a pesar de que esa misma Mirada le hace engendrar a su Engendrado, del que es fruto también, en y por esa misma Mirada, el Amor de espiración coeterna y amorosa de entrambos: el Espíritu Santo.

Por lo que el Padre está engendrando a su Hijo, y está procediendo de ambos el Espíritu Santo, en esa sola y por esa sola Mirada de subsistencia y suficiencia divina y eterna de ser, en la que el Padre lo está contemplando todo.

¡Ay, Señor, qué profundo, qué glorioso y qué subsistente es tu misterio...! ¡Qué claro y qué sencillo! Ya que, por la simplicidad de la perfección divina, Dios se es, en un solo y coeterno instante simultáneo de vida infinita, tres Personas en un acto inmutable de Sabiduría Sabida Amorosamente en la contención apretada del ámbito de su misma divina y coeterna sabiduría.

¡Yo quiero decir a Dios, y no puedo expresar como quisiera con mis pobres palabras, por la complicación de mi limitación, lo que concibo de la simplicidad infinita y la contención apretada que, en su manera infinitamente sencilla, luminosa y transparente, Dios se es!

¡Oh si yo pudiera decir lo que de Ti concibo y en tu misterio contemplo, mi Dios uno y trino, saturada de amor y anegada en tu infinita, trascendente y sapiental sabiduría...!:

El Padre engendra a su Verbo como fruto de su contemplación; a pesar de que el Padre, en su contemplación, está contemplando a su Verbo engendrado y estándolo engendrando.

Porque el Verbo es el conocimiento sapientalmente conocido del Padre, en Palabra cantora de sapiental sabiduría explicativa; y el Padre se sabe todo lo que conoce, saber que es engendrar.

La razón de todo está en que el Verbo es la Sabiduría Sabida amorosamente del Padre, en Expresión deletreativa, consustancial y eterna de infinitas perfecciones; y el Espíritu Santo es el fruto consustancial y amoroso del Padre y del Verbo, en beso de amor personal.

El Padre espira al Espíritu Santo como fruto de su amor paternal a su Hijo, al ser engendrado Éste.

Y a ese mismo Espíritu Santo que de ambos procede como fruto de amor paterno-filial, le está el Padre contemplando eternamente en su sola Mirada engendradora de amor coeterno.

Y el Padre está contemplando, en esa sola Mirada, el ser espirado, de Él y de su Verbo, el Espíritu Santo; ese Espíritu Santo que es el fruto amoroso del Padre y del Verbo.

Así que el Padre contempla, en su sola Mirada, eternamente, al Verbo y al Espíritu Santo; los tiene siempre abarcados en su seno.

Y el Padre contempla el instante eterno de ser engendrado el Verbo y de ser espirado el Espíritu Santo por sí y por su Verbo.

Y, en esa sola Mirada, el Verbo es engendrado, como fruto de esa sola Mirada; y el Espíritu Santo es espirado, como fruto del Engendrador y de su Engendrado.

Así que el Padre, en su sola Mirada, abarca toda su perfección infinita;

y está contemplando a su Hijo y el instante eterno de ser engendrado su Hijo;

el instante eterno de engendrar Él y de surgir su Hijo engendrado;

y el instante eterno de amarse los Dos con el Espíritu Santo y en el Espíritu Santo;

y el instante de ser espirado el Espíritu Santo de entrambos;

y el instante-instante de amar Él y su Verbo con el Espíritu Santo a su ser y a sus personas;

y el retornarse el Espíritu Santo en beso de amor al Padre y al Hijo.

El Padre contempla, en su sola Mirada, todo su ser, las personas y sus procedencias; porque hasta su mismo engendrar y su mismo mirar Él lo contempla; mirar que es engendrar al Verbo.

Y amando lo que mira, espira al Espíritu Santo; espirar de entrambos, que al Espíritu Santo le hace ser el Amor personal en Dios.

Y el fruto de toda esa Mirada es el Verbo. Por eso, el Verbo es la Expresión de todo lo que es el Padre y de todo lo que el Padre conoce.

Así que el Verbo es expresión de la Mirada del Padre, del engendrar del Padre, del serse Él engendrado, del proceder el Espíritu Santo de Él y de su Padre, de todo su ser con todas sus perfecciones y atributos.

En una palabra: el Verbo expresa todo aquello que el Padre contempla, a pesar de que el Verbo es el fruto de la Mirada, en contemplación, del Padre.

El Verbo es tan infinito expresando, como infinito es el Padre contemplando; ya que el Padre se lo da todo, al engendrarle, para que Él se lo exprese en retornación de filiación cantora, infinita, eterna y amorosa.

El Verbo está cantando en delecto amoroso, en explicación infinita de ser, como Palabra expresiva del Padre, el instante eterno de serse el Padre, y el instante eterno de ser Él.

Y el Verbo está cantando el instante eterno de surgir el Espíritu Santo, como Amor paternal y filial, de su seno y del seno del Padre; ya que una sola vida, un solo ser y un solo seno son y tienen los Tres, cada uno en su modo personal;

está cantando la procedencia del Espíritu Santo y el ser del Espíritu Santo;

y está cantando cómo Él es por el Padre y cómo el Espíritu Santo es por el Padre y por Él.

El Verbo está expresando, en su sola Palabra, las personas con sus relaciones y sus procedencias;

y está cantando todo el ser con toda la infinitud de atributos y perfecciones;

y está expresando, en su Cántico infinito de ser, cómo Él mismo es el fruto, en filiación, de la contemplación de toda la Mirada abarcadora del Padre;

y también cómo el Espíritu Santo es espirado de entrambos.

Y el Espíritu Santo está amando la eterna y abarcadora Mirada del Padre, de la cual es fruto el Verbo, y Él, del amor paterno-filial.

Y está amando el instante eterno de engendrar el Padre y de ser engendrado el Verbo, de los cuales Él es el fruto amoroso, en Persona-Amor.

Y está amando el mismo instante eterno de serse Él el amor del Padre y del Verbo; y el instante eterno de su procedencia del Padre y del Verbo en beso de amor retornativo, al engendrar el Padre y al expresar el Verbo.

Y está amando el instante eterno de ser Él el amor del Padre a su ser y el amor del Verbo a su ser; y el instante eterno de ser Él mismo el amor personal a las personas y al ser.

Y está amando el instante eterno de ser Él la Persona-Amor en Dios por el Padre y por el Verbo, por todo lo que el Verbo ha recibido del Padre, como Palabra expresiva rompiendo en infinitos teclares de consustanciales melodías; y el instante eterno de su serse recibido del Padre y del Hijo, por el que Él es el amor personal en Dios.

Así que, el Espíritu Santo abarca en su amor a la Trinidad de Personas y a la Unidad de Ser, en cada uno de sus atributos y perfecciones.

¡Qué alegría, qué felicidad, qué descanso, qué gozo, que Dios se sea, sido en sí, por sí y para sí, en intercomunicación trinitaria de vida familiar, un misterio de unidad tan consustancial e intrínsecamente una, que es tres divinas Personas que son y tienen un solo ser y una sola vida...!

«El que se Es» es tan infinita y coeternamente abarcado que, en el mismo instante eterno, sin principio ni fin, de estarse siendo y teniéndose sida su misma subsistencia y suficiencia infinita y eterna, engendra, es engendrado y es espirado.

« Son las lumbres de tus “Ojos”
de tanta penetración,
que, en llamaradas de fuego,
rompes en Contemplación;

rompes en Sabiduría
de divina Explicación,
de Amor eterno y secreto
en tu misterio de Dios;
 Sabiduría que es luz,
luz que es comunicación,
comunicación que es vida
y vida que se es amor,
por serte sabiduría
de infinita abarcación.

Dios se es sabiduría
en un misterio de amor. »

10-2-1968

¡Oh misterio infinitamente trascendente, y subyugantemente arrebatador el del Eterno Siente en su eternidad sin tiempo, sin principio y sin fin, aunque yo no lo pueda decir ni expresar!

¡Gracias, Señor...! ¡Gracias, Señor...! Porque yo no te pueda decir ni expresar como mi amor a Ti lo necesita, ya que Tú solo te lo puedes contemplar, expresar y amar como infinita y eternamente te mereces.

*Del libro «Frutos de oración.
Reflejos de una vida»*

16-1-1978

3.364. Dios se es el Ser infinitamente inteligible que, siéndose por Él mismo Entendimiento Sabido en Amor, tiene en sí y por sí su subsistencia infinita, personal, consubstancial y coeterna.

3.365. Dios se es Personas por serse el entendimiento infinito en subsistencia coeterna.

3.366. Dios se es entendimiento personal en penetración infinita y coeterna de Sabiduría Entendida en Amor de mutua adhesión.

3.367. Dios se es todo cuanto puede ser en la potencia infinita de poder ser todo lo infinitamente perfecto. Y este podérselo ser, en Él es Sabiduría abarcadora de entendimiento personal, en Explicación perfecta y en adhesión consumada de Amor eterno.

3.368. En Dios su Entendimiento sapiencial es tan sapiencialmente sabido en Expresión infinitamente terminada, que está consumado en una Adhesión de amor infinito de coeterna perfección, en intercomunicativa sapiencia amorosa de infinita Trinidad.

3.369. Lo que a Dios le hace ser Personas no es la perfección o exuberancia de sus infinitos atributos, sino la sapiencia penetrativa que Él se es en abarcación de toda su infinita perfección, expresada por Él mismo en deletreo de entendimiento abarcado, que manifiesta, en

Verbo de sapiental entendimiento, al Eterno Sapiente en su modo de ser.

3.370. Dios no puede ser Personas en cada uno de sus atributos, porque los atributos, de por sí, no son inteligentes; y lo que a Dios le hace ser un solo Dios en tres Personas consustanciales y coeternas, es serse de por sí entendimiento sapiental de sabiduría amorosa.

3.371. Dios es tres divinas Personas por serse en sí el acto inteligente de Sabiduría sida en Expresión sapiental de entendimiento infinitamente perfecto, y en Adhesión amorosa de coeterna comunicación, por su sabrosa sabiduría de ciencia trascendente.

3.372. Dios es todo cuanto infinitamente sabe que puede ser, y lo puede ser todo en la capacidad infinita de su modo de ser. Y este saber que todo lo puede ser, es potencia de estárselo siendo en Sabiduría Sabida de entendimiento Amoroso.

3.373. Dios es la conciencia personal de toda su perfección infinita, sida y poseída en abarcación coeterna de Entendimiento Sabido en penetración Amorosa.

3.374. Dios se es la perfección infinita en conciencia personal de cuanto es, en un acto sapiental de Sabiduría Sabida en Adhesión amorosa. Y por la perfección de esa conciencia entendida en expresión amorosa, es coeterna Trinidad en intercomunicación perfecta de infinito y mutuo entendimiento.

3.375. Dios, al conocerse como es, en conciencia personal de infinita perfección, tiene necesidad intrínseca de expresarse a sí mismo; y esto es en tal disfrute de consumación, que, en la perfección sida de Expresión terminada que por sí mismo Él se es, queda a sí mismo adherido en amorosa adhesión de Amor eterno.

3.376. Dios es tan perfecto, tan acabado y tan infinito, que, ante la Conciencia personal de saberse cuanto es en Expresión perfecta, queda consumado en una adhesión amorosa de Beso eterno. Beso que es persona en entendimiento amorosamente retornativo.

3.377. Dios se es un solo acto de vida conscientemente personal de Sabiduría Expresada en coeterna adhesión de Amor infinito.

3.378. Yo soy aquello que el poder infinito del Creador eterno quiso plasmar en mí cuando me creó para llenar el fin que Él sobre mí se propuso. Por lo que sólo cuando yo, en entendimiento perfecto, me amoldo al pensamiento de mi Creador, soy lo que tengo que ser; y, haciendo cuanto tengo que hacer, doy su verdadero sentido a mi ser y a mi actuar.

10-2-1969

POTENCIA DIVINA

En la potencia divina
de su serse serse el Ser,
Dios vive su vida en sí
siendo todo cuanto es.

Dios se es sabiduría
que, reventando en poder,
sabe cuanto puede serse,
y es cuanto se puede ser,
por su subsistencia eterna
de sapiental entender.

En tal potencia infinita,
que, en su inexhaustivo ser,
Él se es cuanto se puede
en su manera de ser.

¡Oh lo que eres, Dios mío...!
¡Oh lo que te puedes ser...!
¡Oh cómo te lo estás siendo
por tu coeterno poder...!

El serte lo que te eres
produce en Ti tal placer,
que Tú subsistes en gozo,
al ser todo por tu ser.

Te eres el Infinito
en tu manera de ser,
en esa que Tú te tienes
por tu infinito poder.

¡Oh cuánto puedes, Dios mío,
por tu infinito saber
de suficiencia divina
en tu subsistente ser!

9-1-1967

DIOS ES UN MISTERIO DE UNIDAD EN INTERCOMUNICACIÓN FAMILIAR DE VIDA TRINITARIA

¡Oh inefable sabiduría del Subsistente Ser! sido, vivido y disfrutado saboreablemente en el recóndito misterio de su arcano insondable;

en una intercomunicación consustancial, tan íntima, deleitable, profunda e interretornativa, que Dios se es el Ser esencial e intrínsecamente vivido en sí, por sí y para sí, ¡hondo...!, ¡dentro...!,

no sólo siendo en su vida trinitaria lo que es y cuanto es en infinitud infinita de ser, pudiendo sérselo y estándoselo sido en disfrute gloriosísimo de Divinidad; sino que se lo es y se lo viven las divinas Personas unas en las otras en la profundidad honda e insondable de su inagotable, exuberante e infinito misterio.

Cosa que el Señor, por un beneplácito de su infinita voluntad, hizo ver a mi alma, una vez más, el día 9 de enero de 1967;

introduciéndome en el consustancial y secretísimo misterio de su infinita profundidad, tan sólo para que lo manifestara como miembro vivo y vivificante de la Santa Madre Iglesia, que tiene que mostrar a esta Santa Madre tal cual es, con cuanto, para que lo comunique, el

Infinito Ser imprime en lo más profundo e íntimo de la médula de mi espíritu;

invadiéndome con su sabiduría amorosa, para que lo proclame «con ocasión y sin ella»¹ en mi cántico de Iglesia.

«Por la gracia de Dios soy lo que soy»². «Porque evangelizar no es gloria para mí, sino un deber. ¡Ay de mí si no evangelizara! Si por mi voluntad lo hiciera, tendría derecho a la recompensa; pero si lo hago por fuerza, es como si ejerciera un encargo que me ha sido confiado»³.

Por lo que mi alma clama desgarradamente desde lo más profundo de mi espíritu:

¡Ay de mí si no dijera cuanto, para que lo manifieste, me ha sido comunicado!

¡Qué feliz es Dios, que vive su vida en sí, por sí y para sí, en la intercomunicación hogareña de su Familia Divina, en su innecesidad infinita y eterna de que nadie le dé, ni le aumente ni le pueda quitar ni disminuir su gloria coeterna y esencial, vivida en sí y para sí, infinitamente distinta y distante de todo lo creado...!; siendo el Inaccesible, el Inmutable, Inconmovible e Intocable:

«Yo soy el que soy. Éste es mi nombre para siempre y mi memorial de generación en generación»⁴.

¹ 2 Tim 4, 2.

² 1 Cor 15, 10.

³ 1 Cor 9, 16-17.

⁴ Éx 3, 14-15.

¡Qué feliz y qué dichoso es Dios, que tiene en sí toda su felicidad infinita en eternidad sin tiempo de abarcación coeterna...!

¡Oh omnipotencia soberanamente subyugante y trascendente del Infinito Ser en comunicación trinitaria de Familia Divina...!

Dios es un misterio de unidad tan una, en sí, por sí y para sí, en subsistencia infinita de suficiencia eterna; que, a pesar de ser tres divinas Personas, es tan uno en su subsistente Divinidad, que las tres divinas Personas son un solo ser, una sola vida, que cada una se la es y se la vive en su modo personal;

teniéndola cada una en sí y para sí, y teniéndola y estándosela siendo cada una en sí y en las otras divinas Personas, por perfección intrínseca de su naturaleza divina; que les hace ser un solo Dios en tres Personas, una sola vida y un solo ser, que es el solaz, el recreo y el descanso de las Tres en intercomunicación hogareña de Familia Divina de suficiencia infinita y coeterna.

Por lo que el Padre se es todo cuanto puede ser; y puede ser todo lo divino e infinito en infinitud;

y se lo es infinitamente suficiente y coeternamente subsistente;

estándoselo siendo y teniéndoselo sido, en el instante-instante sin tiempo de su eternidad,

en sí mismo y para sí mismo, y en las otras y para las otras divinas Personas.

Las cuales son el fruto de la fecundidad engendradora del Padre rompiendo en paternidad sapiencial de Expresión cantora, y de espiración amorosa en el Espíritu Santo por sí y por su Verbo; en un misterio de unidad tan subsistente como suficiente, y tan eterno como infinito.

El Padre está engendrando al Hijo, «Imagen de Dios invisible»⁵, «Irradiación de su gloria y figura de su sustancia»⁶, el Resplandor eterno de sus infinitas perfecciones, la Explicación cantora de su serse potencial; en sí, cabe sí, dentro de sí, en la profundidad profunda del arcano insondable de su misterio.

Y, dentro de sí, prorrumpe pronunciando su Palabra eterna, que tiene siempre pronunciada: su Hijo, su Explicación cantora.

El cual expresa todo lo que es el Padre, cómo se lo es, y cómo se está siendo el Ser subsistente rompiendo en fecundidad de paternidad engendradora.

El Hijo está en el Padre y es engendrado por el Padre en el mismo Padre; y surgiendo de Él, no sale.

«Aquél a quien el Padre santificó y envió al mundo, ¿decís vosotros: “blasfema”, porque dije

⁵ Col 1, 15.

⁶ Heb 1, 3.

“soy Hijo de Dios”? Si no hago las obras de mi Padre no me creáis, pero si las hago, no me creáis a mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y Yo en el Padre»⁷.

Y a pesar de ser engendrado en el Padre y por el Padre, al ser la Palabra eterna y consustancial del Padre, es engendrado en su mismo seno.

Porque el Padre engendra al Hijo, que tiene en su seno, al «Hijo Unigénito que está en el seno del Padre»⁸, engendrándolo y engendrado, en el mismo seno del Hijo;

ya que un mismo seno, una misma vida y un solo ser son y tienen los Tres, sido y vivido en el modo personal de cada uno.

Por lo que el Hijo, dentro de sí es engendrado por el mismo Padre; y los Dos, cada uno en sí y en el otro por su ser y por sus personas –las cuales están unas en las otras–, espiran al Espíritu Santo;

el cual es el Abrazo consustancial del Padre y del Hijo, en amor paterno-filial rompiendo en beso retornativo de intercomunicación trinitaria.

Estando siempre realizada en eternidad sin tiempo toda esta vida trinitaria, por las divinas Personas y en cada una de las divinas Personas, en un misterio de unidad tan una como de intercomunicación trinitaria, en el recóndito y ve-

⁷ Jn 10, 36-38.

⁸ Jn 1, 18.

lado secreto de su unidad de ser; tan exuberante en su riqueza, como simplicísimo en la sencillez coeterna del Ser divino, abarcado y vivido por Él sin principio, sin tiempo y sin ocaso, en un solo, coeterno y simultáneo acto de vida.

«Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin»⁹, «Padre de las luces en quien no se da mudanza, ni sombra de alteración»¹⁰. «Porque Tú permaneces y Tú eres siempre el mismo. Tú eres eterno»¹¹.

Lo cual, precisamente por su simplicidad infinita, se hace tan difícil de captar a nuestro complicado entendimiento, acostumbrado a vivir y discurrir en y con el transcurrir del tiempo, para llegar a captar y terminar de comprender y realizar las cosas.

Pues el Imprincipio, el Sinfín y el Sintiempos es todo cuanto es por su subsistencia y suficiencia abarcadora, en su solo y simplicísimo acto de ser intercomunicativo de vida trinitaria.

« ¡Sólo Dios en lo que es!,
en su divino misterio,
en su eternidad sin fin,
en su serse coeterno.

¡Sólo Dios! –grita mi ser–,
en su siempre estarse siendo

⁹ Ap 21, 5-6.

¹⁰ St 1, 17.

¹¹ Sal 101, 28; 92, 2.

el Seído y El que Es,
sin necesitar del tiempo.

Por sí es perpetuidad,
sin comenzar y sin término;
y todo se es terminado
aquel sublime Concierto
de Trinidad unitaria;

en un acto tan perfecto,
que todo lo es en sí,
en su sapiental saberlo,
sin más quehacer que poder,
pudiéndolo todo serlo:
todo lo que es infinito
fuera de cuanto es terreno,
en sublime dignidad
poseída y poseyendo;

en Familia tan divina,
que, en su engendrar siempre nuevo,
el Padre está dando a luz
al que es eterno Lucero,
Lumbrera de eternidad
en su mismo pensamiento,
Expresión rompiendo en luz
de melodiosos acentos.

Amores que van y vienen
fluyen del Padre y del Verbo,
Abrazo que ambos se dan
en el sublime secreto
lleno de Divinidad
del que Engendra al Procediendo
de su divina Sapiencia
en cantares del Eterno;

y así resurge en amor
aquella persona en Beso
que envuelve con su Deidad,
en total abarcamiento,
al Coeterno Seyente
en Trinidad de misterio. »

12-2-1977

Por lo que el Padre por su ser y su persona es, y está siendo lo que es y haciendo lo que hace en su modo personal, no sólo en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo; sino también en el Hijo, para el Hijo, en la persona del Hijo; y en el Espíritu Santo y para el Espíritu Santo;

el Hijo, por su ser y su persona, es y está siendo lo que es y haciendo lo que hace en su modo personal, en sí mismo y para sí mismo; en el Padre y para el Padre; y en el Espíritu Santo y para el Espíritu Santo;

«Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”? ¿No crees que Yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que Yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, Él mismo hace sus obras. Creedme: Yo estoy en el Padre, y el Padre en mí. Si no, creed a las obras»¹².

Y el Padre y el Hijo, por su ser y sus personas, son y están siendo lo que son y haciendo

¹² Jn 14, 9-11.

lo que hacen en su modo personal, en el Espíritu Santo y para el Espíritu Santo;

y el Espíritu Santo está en el Padre y en el Hijo, por su ser y su persona, siendo lo que es y haciendo lo que hace en su modo personal, y en sí mismo y para sí mismo.

Y no sólo es que estén las divinas Personas unas en las otras, es que se son unas en las otras por razón de su subsistencia eterna.

La cual el Padre la tiene de por sí, en sí y para sí y en las otras y para las otras divinas Personas;

el Hijo la tiene en sí y para sí, sapientalmente recibida del Padre, y para las otras divinas Personas;

y el Espíritu Santo la tiene en sí y para sí, recibida del Padre y del Hijo, y para las otras divinas Personas.

Y cada una es en sí y en las otras y para las otras divinas Personas; y se tienen su dicha y su felicidad en sí y para sí y en las otras y para las otras divinas Personas en un misterio infinito y coeterno de unidad en intercomunicación trinitaria y unitiva, por no haber intrínsecamente en Dios ni principio ni fin en su incesidad divina de sucesión de tiempo, por subsistencia y suficiencia infinitas.

Por lo que el Padre engendra al Hijo en la misma persona del Hijo, estándole engendrando y teniéndole engendrado.

El Hijo expresa al Padre en la persona del Padre, estando y siendo engendrado en y por el Padre.

Y el Espíritu Santo está siendo espirado por el Padre y por el Hijo, como fruto de amor paterno-filial de entre ambos, en la persona del Padre, en la persona del Hijo y en su misma persona.

Ya que Dios se es un solo acto de ser, sido en abarcación simplicísima de eternidad, en intercomunicación trinitaria de Sabiduría sabida en Explicación cantora de Amor eterno interretornativo de Familia Divina.

¡Dios es un misterio de unidad vivido en sí, por sí y para sí!

Misterio del que Es que, por la simplicidad de su ser, sólo es sabido, en un trasunto de sabiduría amorosa, por el alma que, introducida en su Cámara nupcial y ahondada en el recóndito arcano de la unidad del Ser, saborea, en paladeo disfrutativo y gloriosísimo, la simplicidad coeterna del que Es, sido en sí, por sí y para sí, en su acto inmutable de vida, de Divinidad subsistente, infinitamente distinto y distante de todo lo que no es Él.

Porque, ¿qué tiene que ver la criatura con el Creador, lo Infinito con lo creado y la Eternidad con la sucesión y limitación del tiempo...?!

¡Dios es un misterio de infinita unidad, repleto de trascendencia divina en su acto sim-

plicísimo de Trinidad comunicativa e inter-retornativa!

Dame, Señor, saberte saber, para poderte saber decir de alguna manera con los modos humanos de la pobre y raquítica limitación de mi expresar creado; para que, trascendiendo de las cosas de acá, podamos saber y gustar, en nuestro limitado entender, algo de cuán bueno y deleitable es Dios para los que le aman, en el insondable misterio de su ser, que «a vida eterna sabe y toda deuda paga»¹³.

Dios es un solo Dios, un solo ser, una sola vida, una sola perfección infinita, una única abarcación, poseída, vivida por los Tres en intercomunicación trinitaria y retornativa y en perfección única.

Y la vida de cada una de las divinas Personas es, en su modo personal, para cada una, en gozo infinito de felicidad eterna, y para las otras; y es de cada una y de las otras;

y se la son las unas en las otras para sí y para las otras divinas Personas, por la relación intrínseca de cada una, vivida en sí y en las otras; pudiendo ellas decir en verdad: «Todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío»¹⁴;

para la gloria de Dios y exaltación de su infinito y coeterno poderío: ¡«Tú sólo Santo, Tú sólo Altísimo, Tú sólo Señor»¹⁵ único Dios ver-

¹³ San Juan de la Cruz.

¹⁴ Jn 17, 10.

¹⁵ Himno del Gloria.

dadero!; que se nos da y manifiesta por su Unigénito Hijo, Jesucristo, su enviado.

Ya que «por medio de Él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles, tronos, dominaciones, principados, potestades; todo fue creado por Él y para Él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en Él. Él es también la cabeza del Cuerpo: de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en Él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por Él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del Cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la Sangre de su cruz»¹⁶.

8-5-1960

« Me entraron donde no supe, y tanta ciencia aprendí, que, sin saberlo, entendí aquel divino Entender.

Entender que es, en su Fuente de sempiterno saber, el engendrar siempre nuevo de aquel eterno Saber.

¡Oh eterna Sabiduría!, en tu saberte saber, eres el Saber Sabiendo, de tu saberte entender...

Entender que es, en su Fuente, engendrar a aquel Saber siempre eterno, reventando en un Cantar de explicativo entender;

en un Saber Amoroso, de tan amado saber, que en tres Personas divinas, teniendo un solo entender, cada una se lo sabe a su modo de saber:

¹⁶ Col 1, 16-20.

El Padre lo está sabiendo en engendrador saber; el Hijo lo está sabiendo en expresivo entender; siendo sabido entre ambos en tan subido saber, que el amor de entendimiento, en un Amor personal, es el Amor en los Tres.

¡Oh Amor de sabiduría!, de tan subido saber, que es el Amor entendido de aquel eterno Entender, de aquel Saber sempiterno que, siempre rompiendo en Tres, es amor de entendimiento en Amoroso Saber.

¡Oh mi Dios, trino en Personas, sufficientísimo Ser, que, en subsistencia coeterna, sabes cuanto puedes ser por tu infinita potencia de divinal entender, en unidad coeterna siempre reventando en Tres...!

Yo sabiendo, sin saber, tu sabiduría eterna, entiendo, sin entender –en mi pobreza entendiendo– por mi limitado ser, quedándome trascendiendo, esta ciencia siempre nueva de tu divino entender.

¡Yo necesito abismarme en tu inagotable ser, en tu Saberte Sabiendo de divinal entender; para decir, no sabiendo, en tu Expresivo Saber, este saber, no entendiendo, que, en tu saber, yo me sé!

Saber de sabor eterno, que, en mi pobre comprender, dejándome trascendiendo, yo en Ti lo sé, sin saber.

Y mientras más de Ti entiendo, más me quedo sin saber aquel Saber coeterno de tu saberte saber; que sólo en Ti entendiendo, quedándo-

me sin saber, todo mi ser trascendiendo, yo a Ti te sé, sin saber, en tu saberte hacia dentro, de divinal entender.

Un solo saber Tres tienen en la hondura de su ser, en el festín coeterno de su infinito poder...

¡Oh Entendimiento divino!, ¡quién te pudiera entender en el saber tan subido de tu saberte entender...!

¡Quién te pudiera saber, ¡oh Entendimiento sabroso!, en el misterio amoroso de la hondura de tu ser...!

Yo, sin saberte, te sé en un saber, trascendiendo, que me deja no sabiendo tu ilimitado entender. »

Porque, así como el Padre está en el Hijo, siéndose lo que es y teniéndoselo sido, y haciendo lo que hace en su modo personal;

el Hijo está en el Padre, siendo lo que es y haciendo lo que hace; «mi Padre sigue obrando todavía y por eso obro Yo también... En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre, porque lo que Éste hace lo hace igualmente el Hijo»¹⁷;

y el Espíritu Santo está en el Padre y en el Hijo, siendo lo que es y haciendo lo que hace.

¹⁷ Jn 5, 17. 19.

Y este «estar» no es sólo por su ser, sino que lo es también por sus personas.

Ya que no pueden ser distintas ni dejar de hacer lo que hacen en sí, al estarse siendo unas en las otras.

Por lo cual, el Padre engendra al Hijo en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo, en su ser y por su ser, por su persona y en su persona; y en la persona del Hijo, y del Espíritu Santo;

y el Hijo es engendrado y expresa al Padre, por su ser recibido del Padre y por su persona, en la persona del Padre, de Él mismo y del Espíritu Santo;

así como el Espíritu Santo es espirado, como fruto del amor paterno-filial del Padre y del Hijo y por el Padre y por el Hijo rompiendo en beso de amor, en el ser o seno y en la persona del Padre, en el seno y la persona del Hijo, y en su mismo seno y su misma persona.

Ya que un solo seno los Tres son y tienen, cada uno en su modo personal, sido, estándoselo siendo e intercomunicándose cada uno en sí mismo y en las otras divinas Personas, para sí mismo y para las otras.

Ser o seno, en el cual son lo que son las tres divinas Personas, estando unas en las otras;

y recibiendo, unas en las otras y de las otras por sus personas y relaciones, por y en el modo personal de cada una y del modo y con el modo de las otras, lo que son y como lo son en intercomunicación interretornativa de sabiduría personal;

sida por el Padre, expresada por el Verbo y espirada por el Padre y por el Hijo en su intercomunicación paterno-filial, amorosamente en y por el Espíritu Santo;

siendo y teniéndoselo sido en sí, por sí y para sí, por la unión intrínseca de su Divinidad, un único Dios y un solo Ser en tres Personas.

Las cuales, por su ser, por sus personas y en sus personas, cada una es toda la Divinidad en el modo personal de sèrselo y estàrselo siendo en intercomunicación trinitaria de Sabiduría, sida por el Padre, expresada por el Verbo, irrumpiendo ambos en beso de amor sapiental por el Espíritu Santo.

Por lo que Dios es un acto de ser sapientalmente sabido en Sabiduría Expresada Amorosamente en coloquio saboreablemente dichosísimo de Familia Divina.

Y todo esto que, por la limitación de la mente humana parece tan complicado a nuestra pobre y limitada captación, no sólo por no saberlo, sino por no saberlo manifestar, es en un solo acto infinitamente simplicísimo y sencillísimo de abarcación coeterna e infinita, sin principio, sin sucesión de tiempo y sin fin, por la excelsitud excelsa del Infinito Ser en intercomunicación trinitaria de Familia Divina en ese solo acto de ser vital; que, por no haber en Dios ni antes ni después, es sido y consumado en su subsistente y divino instante de eternidad; y que, por la sencillez de su simplici-

dad, no cabe en la mente de la criatura, sometida al tiempo, la distancia, la complicación y el lugar.

¡Qué feliz es Dios, que toda la dicha infinita que se tiene y se es, se la vive para sí en su comunicación eterna...!

Dios es un acto de Sabiduría, Sabida en Amor, en la intercomunicación trinitaria y unicísima de su ser.

El Padre tiene al Hijo dentro de sí, porque es en sí y para sí donde Él y para lo que Él pronuncia su Infinita Palabra.

El Hijo surge del seno del Padre –sin salir– porque el pronunciar del Padre es decirse ¡dentro y hacia dentro!, ¡hacia dentro...!;

igual que el amarse del Padre y del Hijo es un abrazo hacia dentro, que se dan los Dos en la comunicación honda del Espíritu Santo.

La vida de Dios es vivida por Él en el arcano íntimo de su profundidad sacrosanta, en la hondura de su misterio, en sí y para sí.

¡Dios es todo hondo, profundo, recóndito y encerrado, lacrado y enlazado, y apretado amorosamente en sí, por sí y para sí!

Por lo que, dentro de sí, el Padre prorrumpe en su Palabra para explicarse a sí mismo su vida infinita;

dentro de sí, el Verbo deletrea toda la sustancia honda de la médula profunda de la subsistencia eterna del Padre;

y dentro de sí, el Padre y el Verbo están abrazados y son abrazo de comunión coeterna en el saboreo hondo del Espíritu Santo en beso de amor del Padre y del Hijo, en la comunicación profunda de su vida trinitaria.

¡Qué misterio de unidad, vivida e intercomunicada en su Trinidad de Personas, encierra esta hondura de los Tres...!

¡Qué hondura la de su profundidad...! ¡Qué profundidad la de su adentramiento...! ¡Qué amor el de su vida...!

¡Y qué misterio tan profundo el alma penetra en este serse Dios Sabiduría Sabida en Amor en la hondura honda, ¡honda! de su profundidad trascendente, una y trinitaria, sin poderlo abarcar, sin poderlo decir ni poderlo explicar...!

El Padre dice: «Voy a decirme lo que soy en mi amor eterno». Y este decirse lo que es, es engendrar; y este dicho en amor, es espirar al Espíritu Santo por sí y por su Verbo.

¡Y Dios se lo dice para sí...! ¡Y Dios se lo ama para sí...! ¡Y Dios se lo es para sí, para su gozo y su contento eterno, para su felicidad plena e infinita, para su comunicación trinitaria y unitaria, en un misterio inefable de unidad coeterna e infinitamente subsistente y trascendente...!

¡Qué feliz es Dios, que se dice lo que es en el misterio de su vida trinitaria en sí y en cada una de las divinas Personas para gloria y gozo esencial de cada una de ellas...!

Por lo que Dios es el único Dios, que es tan Ser, tan infinitamente trascendente y tan eternamente translimitado para la criatura, que ésta no sólo no lo puede barruntar, sino, aún menos, explicar; pero que se queda con un saboreo de eternidad, de dulzura y de gozo, que le hace gustar, en paladeo amoroso, a qué sabe Dios.

Por eso, el que quiera saber del Infinito, que deje las cosas de acá y se entregue a una vida de profunda humildad; que busque la verdad que sólo está en Dios, y sabrá –de saborear–, sin saber, a qué sabe El que se Es.

Sabrá ese estarse siendo del Seyente en su subsistencia eterna, en su vida, en sus Tres. Sabrá o barruntará cómo es El que se Es, siéndose y creando, aunque quedará sin poderlo decir ni expresar.

Y Dios se nos manifiesta por su Unigénito Hijo Jesucristo, uno con el Padre y el Espíritu Santo, para que le conozcamos bajo el amor, el impulso y la intimidad del mismo Espíritu Santo, y podamos entrar en el banquete de su festín eterno;

siendo reencajados por Cristo, con Él y en Él, en los planes eternos de Dios, en los que

nos creó para hacernos hijos suyos, herederos de su gloria y partícipes del misterio de la unidad de su vida en el gozo dichosísimo y gloriosísimo de los que están «marcados en sus frentes con el sello de Dios y del Cordero»¹⁸;

los cuales, siendo reconocidos por Pedro –«Tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia. Y a ti te daré las llaves del Reino de los Cielos...»¹⁹– son introducidos por él en las Bodas eternas, en el gozo dichosísimo; entonando con los Bienaventurados un: «¡Santo, Santo, Santo, Yahvé Sebaot; llenos están los Cielos y la tierra de tu gloria»²⁰.

«La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén»²¹.

¹⁸ Ap 14, 1.

¹⁹ Mt 16, 18-19.

²⁰ Is 6, 3.

²¹ Ap 7, 12.

LA IGLESIA, MISTERIO DE UNIDAD

Esta mañana, antes de levantarme, estando haciendo oración, ¡de pronto!, en una ráfaga penetrante, aguda y continuada, como en un abrir y cerrar de ojos, se inundó mi alma iluminada por el pensamiento divino; que, paulatina, pero penetrante y profundamente, iba invadiendo mi pobre y limitado entender con la luminosidad de su divino entender, que me hacía comprender los planes divinos desde todos los tiempos en Dios sobre la Santa Madre Iglesia;

mediante la cual, en y por la cual, el Eterno Seyente quería donarse y manifestarse por su Unigénito Hijo Jesucristo en Palabra a los hombres.

Quedando invadida de una terrible verdad que me dejó tan profundamente impresionada cual jamás podré expresar.

Contemplé a Dios, desde el principio de los tiempos, en el momento sin tiempo de concebir la Iglesia en el misterio de su vida y su misión; entendiendo cuál era el auténtico y verdadero sentido del designio divino sobre ella.

Vi cómo la quiso Dios desde el principio, y lo que había sucedido a través de las diversas épocas en el seno de esta Santa Madre;

descubriendo y penetrando hondamente lo que había que realizar dentro de ella, como rejuveneciendo a la Esposa de Cristo y desentrañando su dogma riquísimo, para hacerlo vivir a todos sus miembros en sabiduría y amor; y cómo había que ponerla para que volviera a ser aquello que Dios, en su infinito pensamiento, soñó desde toda la eternidad, para la Nueva, Universal y Eterna Jerusalén, engalanada con la misma hermosura de Dios, y repleta y saturada de su misma Divinidad.

Después de contemplar, en esta ráfaga ¡fuerte, profunda, certera, luminosa, aguda, clara, transparente y prolongada!, el pensamiento de Dios sobre su Iglesia y la situación en que ésta se encontraba por las deformaciones que en el transcurrir de los tiempos habían caído sobre ella, y lo que había que hacer para su verdadera y auténtica renovación; el mismo Señor me mostró que, para la realización de todo esto, había surgido en nuestro tiempo el Concilio Vaticano II, y junto al Concilio, como un granito de mostaza, La Obra de la Iglesia, llena de abundantes dones y ricos frutos.

La cual, al lado del Papa y los demás Sucesores de los Apóstoles, tenía que ayudarles, colaborando a realizar durante todos los tiempos, frente a Dios y a los hombres, la auténtica, verdadera y esencial misión para la cual Cristo había fundado su Iglesia;

presentando el verdadero rostro de esta Santa Madre, ánfora preciosa y repleta de Divi-

nidad, Santuario de Dios entre los hombres, donde el Padre y el Espíritu Santo, por Cristo, se nos dan y moran en Familia con nosotros, haciendo de la Nueva Sión, Templo vivo y Morada del Altísimo.

Inundada ante tanta verdad, sentí miedo por ese no sé qué que impregna mi vida, cuando tengo que descorder los velos de mi espíritu y, llena de pudor espiritual, comunicar cuanto Dios me muestra para que lo manifieste:

Primero, por la grandeza de la Iglesia que yo contemplaba, repleta de santidad y hermosura, como el único camino, cual espejo luminoso, inmaculado y sin mancha, en el cual el mismo Dios se plasma, se mira y se refleja, y que nos conduce a la vida, saturada de la verdad divina y divinizante que Cristo depositó en su seno de Madre;

encomendándosela a sus Apóstoles, y de la cual hizo a Pedro roca, fundamento y cabeza visible de toda ella.

Al mismo tiempo que veía la desfiguración que habíamos hecho de la Iglesia en el transcurrir de este duro y penoso peregrinar, en que caminamos hacia la Casa del Padre; la mayoría de las veces sin encontrar la verdad, luz y vida que Cristo, como único camino que conduce al Padre, nos vino a traer: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por mí»¹.

¹ Jn 14, 6.

Segundo, por tener que descubrir muchas cosas que me costaban.

Y tercero, por tener que hacerlo yo, que soy en el seno de la Iglesia la última y más pequeña de las hijas de esta Santa Madre, y tan sólo su Eco pobre y diminuto, para manifestarla en proclamación de repetición –ya que el Eco no tiene voz propia, sólo repite– junto con los hijos de la gran promesa que Dios hizo a mi alma, para perpetuarme siempre ante Él con mi misión prolongada por mi descendencia durante todos los tiempos. [...]².

11-8-1974

ERES OBRA DE LA IGLESIA

« ¡Hijo de mis alegrías,
mi esperanza en este suelo,
corona de mis conquistas,
expresión de cuanto encierro,
descendencia que prolonga
mi cantar en el destierro
y la misión sacrosanta
que el Infinito en mí ha puesto...!

¡Hijo de mis ilusiones!,
¡enaltece hoy tu voz!,
¡levántate mensajero!,

² Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

¡da descanso a mi alma herida
con tu triunfo en el torneo!

Canta a Dios en tus cantares,
que Él se goza satisfecho
cuando escucha los sonidos
de mis voces en tu acento.

Eres Obra de la Iglesia
que prolonga mi misión
a lo largo de los tiempos.

¡Repleta tu sacerdocio,
llenando la vocación
que el Infinito en ti ha puesto!

Mi alma descansa en ti,
porque tú prolongarás
mis cantares del Inmenso,
manifestando a la Iglesia
según el designio eterno
de Aquél que me la mostrara
en tan diversos momentos,
repleta de ricos dones
o pidiéndome consuelo.

Dios me dio mi descendencia,
y en su número te veo,
siendo ante Él prolongada
en romances de misterio.

Hijo, tu gloria es mi gloria,
si es que yo, cuando te miro,
reflejada en ti me veo.

Dios quiere tenerme siempre,
cuanto perduren los tiempos,
reverberada en mis hijos
para su gloria y contento,
y hechos “uno” en el plan
de su eterno pensamiento.

¡Hijo de mis esperanzas!,
recíbeme, que anochezco
y se apagan mis cantares
de tanto penar en duelo.

Escúchame, que aún no es tarde;
¡quién sabe si ya mañana
Dios me llevará a su seno...! »

¡Gracias, Señor!, ¡pero yo no soy digna! Más bien sé que, a más grande miseria, más grande y abundante misericordia; ya que «las misericordias de Dios son eternas»³ y no tienen fin.

Las cuales se nos manifiestan y comunican, por Cristo bajo el amparo de la Maternidad de la Virgen, con corazón de Padre y amor de Espíritu Santo, en el seno anchuroso, divino y divinizante, de la Santa Madre Iglesia, repleta y saturada de santidad;

la Nueva y Celestial Jerusalén que, cual «torre fortificada», cobija en sus murallas a los hombres de todo pueblo, raza y nación; conduciéndolos con paso firme y «brazo poderoso»⁴ a «las bodas eternas de Dios y del Cordero

³ Cfr. Sal 135.

⁴ Jer 21, 5.

con su esposa»⁵ la Iglesia, engalanada con todas sus joyas y repleta de santidad y celestial hermosura.

Así como Dios es un consustancial misterio de unidad en intercomunicación familiar de vida trinitaria, la Iglesia es misterio de unidad. Porque es la contención, en manifestación y perpetuación, del misterio de Dios en sí, por sí y para sí y vivido con los hombres y entre los hombres; que se nos da por Cristo, bajo la Maternidad divina de María, Madre de la Iglesia universal, encomendada por Cristo a sus Apóstoles, a los cuales «los escogió para estar con Él y mandarles a predicar»⁶, rogando por ellos para que fueran uno como Dios es uno:

«Te ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por éstos que Tú me diste y son tuyos. Sí, todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío; y en ellos he sido glorificado. Ya no voy a estar en el mundo, pero ellos están en el mundo mientras Yo voy a Ti. Padre Santo: guárdalos en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Yo les he dado tu Palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Santifícalos en la verdad: tu Palabra es verdad»⁷.

⁵ Cfr. Ap 19, 7.

⁷ Jn 17, 9-11. 14-15. 17.

⁶ Mc 3, 14-15.

La Iglesia es hermosa con la misma hermosura de Dios, que la envuelve, la ennoblece, la enjoya, la penetra, la satura y la engalana, haciéndola la Esposa inmaculada del Cordero; envuelta con un manto real de sangre que su Esposo divino le regaló el día de sus Bodas.

La Iglesia necesita hacer vivir a todos sus miembros en plenitud, y ponerlos al día en su gran realidad.

Es divina y es humana; por lo que, por su realidad divina, ha de saturarse de Divinidad en su parte humana...

Por eso Dios, de vez en cuando, coge a la Iglesia y la cierne como al trigo en el cerne, para esclarecer su verdad, enderezar lo confuso o torcido, separar, dentro de ella, al trigo de la paja, y tirar la escoria que la ensucia, la nubla y la oscurece.

Por lo que en la vida de la Iglesia hay momentos en los cuales aparece resplandeciente, luminosa, repleta de divina hermosura, llena de dones eternos y donadora de todos ellos;

mientras que en otros, por la torcedura del corazón del hombre, se ven más palpable y visiblemente los defectos y pecados de sus hijos, con las lacras que dejan en su seno de Madre.

Momentos para nuestra mente humana difíciles de entender, bien por no someternos a los planes de Dios, o por no comprenderlos; y no penetrar, por una parte, en la Divinidad que en la Iglesia se encierra repletándola de la santidad que en ella y por ella se nos comunica y manifiesta; y, por otra, en la fragilidad, debili-

dad y pecados de sus miembros, e incluso, en la mala voluntad de algunos de ellos.

¡Qué grande es la Iglesia...!, ¡qué universal!, ¡qué amplia!, ¡qué sencilla y qué eterna...!

¡Qué grande es el Concilio...! ¡Con qué misión tan profunda, tan llena de sabiduría amorosa y tan sobrenatural como sencilla, asequible y universal, ha surgido en la Iglesia...!

¡Qué grande fue Juan XXIII, a quien inspiró el Señor el Concilio!

¡Qué grandes son mis Obispos queridos reunidos con el Papa para regir la Iglesia bajo la voluntad del Padre, manifestándola con la expresión del Verbo y abrasándose y abrasándonos a todos, hechos uno en el amor y el impulso del Espíritu Santo!

¡Qué grande es la Iglesia, y qué iluminada por el pensamiento divino, siendo conducida por la sabiduría amorosa y bajo la fuerza y el impulso del mismo Espíritu Santo en todos y en cada uno de los momentos de su existencia, aun en los más difíciles, dramáticos, oscuros y hasta confusos...!

Pero la Madre Iglesia es desconocida en la profundidad profunda e intrínseca de su realidad por la mayoría de los hombres e incluso por muchos de sus hijos...:

Todos los hombres, congregados por el Espíritu Santo en Jesucristo, el Unigénito Hijo

del único Dios verdadero, por medio de la Maternidad universal de María, viviendo la vida de la Familia Divina en intimidad de hogar y cumpliendo la voluntad del Padre de que seamos uno como Él, el Hijo y el Espíritu Santo son uno: ésta es la realidad esencial y universal que Cristo dio a su esposa, la Iglesia, compendiada y encerrada en el ánfora preciosa, repleta y saturada de Divinidad de esta Santa Madre.

La cual fue fundada por Cristo, el Mesías anunciado desde el principio de los tiempos, prometido a Abraham, «Padre de todos los creyentes»⁸ y a su descendencia para siempre, y profetizado por los santos Profetas; el descendiente de la estirpe de David, que nacería de una Virgen, la cual «concebiría y daría a luz un Hijo, al que le pondría por nombre “Emmanuel, Dios con nosotros”»⁹, como cumplimiento de las palabras de Yahvé: «Mi siervo David será su príncipe para siempre. Pondré en medio de ellos mi morada, y Yo seré su Dios y ellos serán mi Pueblo»¹⁰.

Por lo que la Santa Madre Iglesia fue fundada por Cristo y encomendada por Él a sus Apóstoles, para que todos los hombres, sin excepción de clases, razas, ni condición, vivieran la vida divina, dando su verdadero sentido y orientación a todos los problemas espirituales, temporales, humanos y materiales; y para que

⁸ Cfr. Rm 4, 16.

⁹ Is, 7, 14.

¹⁰ Ez 37, 25. 27.

esta vida divina la vivieran en comunión de bienes, unidos y participando en intimidad hogareña en el gozo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; aquí en fe en la noche de la vida y, pasado este peregrinar, en luz gloriosa, luminosa y resplandeciente de Eternidad.

La Iglesia es un misterio de unidad. Por eso está regida por el Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo en su misterio de unión trinitaria, y el Paráclito enviado por Cristo para unir a todos los hombres con Dios, y a todos los hombres entre sí con Dios.

El Espíritu Santo es también el Amor que impulsa al Padre y al Hijo a unirse con nosotros.

—Señor, ayúdame a expresar algo de lo que con tanta luz he visto y se me sigue imprimiendo en el alma, para la clarificación de cuanto me pides que manifieste cada vez que me muestras tus verdades; que, en mi misión de Eco, por mis cantares encendidos de amor a Dios, a Cristo, a María y a mi Madre Iglesia, he de comunicar—.

Qué claro veo cómo el hombre fue creado por Dios a su imagen y semejanza sólo y exclusivamente para poseerle, y a su vez para poseer también toda la creación, enseñoreándose como rey y dominador de toda ella:

«Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó hombre y mujer; y los bendijo Dios diciéndoles: “procread

y multiplicaos y henchid la tierra, sometedla y dominad... sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra”»¹¹.

Dios hizo al hombre cuerpo y alma; por lo tanto con capacidades de llenuras insospechables. Tanto que, en su parte espiritual sólo es capaz de saciarse con la posesión del mismo Infinito, vivida y participada con Él en intimidad de familia:

«Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que somos llamados hijos de Dios, y lo somos... Queridos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es»¹².

Y, en su parte humana la criatura racional tiene también tal exigencia de llenura que, sólo con la posesión perfecta de la creación, quedará saciada.

El hombre es la gran maravilla de la creación, el rey de toda ella, el poseedor de todas sus riquezas, en una posesión perfecta y acabada. Está creado para poseer, que es dominar mediante los dones del Espíritu Santo; y hasta que no llene todas sus exigencias, no es feliz, porque no se puede ser feliz necesitando más de lo que se posee.

Nuestra capacidad de poseer la creación es tan grande como toda ella. Y por eso, sólo en la medida en que la vayamos descubriendo, co-

¹¹ Gén 1, 27-28. ¹² 1 Jn 3, 1-2.

nociendo, poseyendo y penetrando –ya que penetrar es poseer la ciencia, en sabiduría amorosa, de la misma creación, realizada a imagen de las perfecciones y atributos del Infinito Ser–; seremos felices.

Nuestra necesidad de poseer las cosas, no es sólo tenerlas, sino tenerlas entendidas, penetradas, intuitas y abarcadas, de forma que seamos capaces de darles su verdadero y auténtico sentido; y todo ello con la seguridad de no poderlas perder. En esto consiste nuestra felicidad con relación a las cosas creadas.

Dios nos hizo cuerpo y alma. Con el cuerpo vivimos de los sentidos materiales, y con el alma, de los espirituales; y en la medida que realicemos nuestra doble faceta espiritual y corporal, bajo la orientación y equilibrio del espíritu con la posesión de todas las cosas, saciaremos en plenitud nuestras capacidades y seremos felices.

Si no vivimos del espíritu, somos hombres anormales, que no llegamos a ser el complemento total de lo que somos; ya que el alma del hombre gime, como el ciervo sediento, por las aguas refrigerantes de la felicidad, que sólo en la posesión del gozo de Dios «se saciará al contemplarle en la luz de su semblante»¹³.

Dios es el Espíritu infinito, perfecto y eterno, por eso invisible para nuestros ojos car-

¹³ Sal 16, 15.

nales, capaces de captar sólo las cosas corpóreas. Por lo que, si quiero conocer a Dios, no debo intentar humanizarle a Él, que es sólo espíritu, sino espiritualizarme yo que soy espíritu y carne.

Dios se hizo Hombre, para que el hombre le entendiera a través de su Humanidad; pero éste se quedó sólo en ella y por eso no le conoció:

«Si hablándoos de cosas terrenas no creéis, ¿cómo creeríais si os hablase de cosas celestiales?»¹⁴. «...Vino la Luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la Luz, porque sus obras eran malas»¹⁵.

También los sentidos corporales están hambrientos en la necesidad de la posesión completa de la creación que el Eterno hizo para alabanza de su gloria y para gozo del hombre al que está sometida para su posesión.

Pero, sólo bajo el equilibrio del espíritu y su orientación, seremos capaces de vivir en perfección la totalidad de nuestro ser, mediante nuestro obrar bajo la luz y el influjo del pensamiento divino; y sólo así seremos felices, ya que la felicidad consiste en tener llenas todas las exigencias impuestas por el Creador en nuestro ser.

La felicidad es la llenura de todas las exigencias de nuestras capacidades. Cuando el

¹⁴ Jn 3, 12.

¹⁵ Jn 3, 19.

hombre ha llegado a poseer a Dios y todas las cosas según Dios, entonces, y sólo entonces, es feliz.

Y el hombre, creado por el Infinito con exigencias de ser, de poseer, de llenura, de plenitud, de felicidad y de vida, está desgajado. Porque, al no vivir en el enfoque verdadero de su perfección, anda vacío, desordenado, amargado y, la mayoría de las veces, en un desequilibrio total; ya que sólo conseguirá su felicidad en la medida que dé sentido a su existencia tal cual es, según el pensamiento del que lo creó.

Pero el hombre, que es cuerpo y alma, la mayoría de las veces se ha confundido. Vive para lo material, busca la solución de todos los problemas a través de los sentidos, quiere llenar su existencia de un modo irracional; y entonces, al haber perdido su verdadero sentido y razón de ser, ha perdido la felicidad.

Así, creado para la luz, camina en oscuridad y «en tinieblas y sombras de muerte»; hecho para el amor, vive del odio; con necesidad casi infinita de justicia y verdad, está en la confusión; necesitando y ansiando la paz —que sólo en el equilibrio de los planes de Dios cumplidos sobre nosotros se encuentra—, vive en el desenfreno de la discordia que nos quita la paz, nos lleva a la lucha de unos contra otros, y a la propia destrucción.

Y en esta situación de derrota, busca la solución del problema sólo por medio de las capacidades materiales, olvidando que es cuerpo y alma; y, por lo tanto, que sólo viviendo él y haciendo vivir a cuantos le rodean en el complemento perfecto y acabado de lo que es, podrá darse sentido a sí y a los demás.

Un hombre que sólo viviera del espíritu, no sería un hombre perfecto; y mucho menos el que vive sólo de lo material. La perfección de su ser consiste en vivir lo que es y como lo es, llenándose a sí mismo y a los demás en las capacidades innatas que posee.

Por eso, al no vivir como es, está desconcertado y va desconcertando a cuantos le rodean; y sólo cuando consiga centrarse en el equilibrio perfecto de su ser hacia dentro y de su obrar hacia fuera, dará el verdadero sentido y la razón de ser a su existencia.

Dios nos creó para vivir con Él en intimidad de familia, y para que, al vivir en familia con Él, viviéramos entre nosotros en familia también, en una reunión de caridad, de justicia, de amor, de paz y de gozo, que nos proporciona el encajamiento perfecto de nuestro ser y de nuestro obrar.

«Por esto, doblo mis rodillas ante el Padre de quien procede toda familia en los Cielos y en la tierra, para que, según los ricos tesoros de su gloria, os conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu;

que habite en vosotros Cristo, por la fe, en vuestros corazones y, arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la largura, la altura y la profundidad, y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios»¹⁶.

El pecado original torció nuestra mente, y con ello estamos confundidos y vivimos confusos, no sabiendo cómo tenemos que vivir ni cómo tenemos que obrar, e incluso confundimos a los demás.

Para restaurarnos y darnos nuestro verdadero sentido, «Dios se hizo Hombre y habitó entre nosotros»¹⁷.

Por lo que la Iglesia, que es la prolongación en perpetuación perfecta y acabada de Cristo como Cabeza de su Cuerpo Místico, viviente entre los hombres por el misterio de su Encarnación, vida, muerte y resurrección gloriosa; es la que nos tiene que orientar, dirigir y formar, bajo la luz candente y llena de infinita sabiduría amorosa del Espíritu Santo, en nuestra verdadera personalidad;

repletándonos a todos de la felicidad de la vida infinita que ella posee y encierra en su seno, para comunicárnosla, en su misión redentora, por medio de los Sacramentos y todos

¹⁶ Ef 3, 14-19.

¹⁷ Cfr. Jn 1, 14.

los dones, frutos y carismas que Dios, desde el día de Pentecostés, derramó sobre ella para que pudiera repletar a la humanidad, como Madre universal de todos los hombres.

La Iglesia es la encargada por Dios de dar su verdadero sentido a todo el vivir del hombre. Es ella la que, con Cristo «camino, verdad y vida»¹⁸, en la luz del Espíritu Santo, tiene que iluminarnos; y, en el amor de este mismo Espíritu, amar a todos, dándoles la verdadera felicidad que sólo ella posee por voluntad de Dios.

El hombre no tiene más que un sentido y una razón esencial de ser: poseer a Dios. Pues fue creado por Él, para entrar a vivir de su gozo y dominar toda la creación, ya que rey de ella el mismo Dios le constituyó desde el principio.

Y como la Iglesia es la que ha recibido por Cristo el don de la verdadera interpretación divina y humana, es la que tiene que dar a cada cosa su sentido, y al hombre el verdadero criterio sobre cada una de ellas.

Al hacernos Dios poseedores de su vida divina y dominadores de la creación, por el don de sabiduría llenamos nuestras capacidades de posesión con relación al mismo Dios; y por el don de ciencia vamos poseyendo la creación, la vamos integrando en nosotros y adquiriendo la felicidad. Y por los demás dones vamos

¹⁸ Cfr. Jn 14, 6.

consiguiendo nuestro verdadero equilibrio; los cuales nos llenan de los frutos que el Espíritu Santo nos comunica en su Iglesia: caridad, gozo espiritual, paz...

La Iglesia está de fiesta, porque tiene en sí la Felicidad eterna para hacer felices a todos los hombres, uniéndolos en Dios y entre sí, y dándoles por Cristo, su divina y real Cabeza, coronada de verdad, de justicia, de amor y de paz, la posesión en común de todos los bienes que Dios entregó al hombre para su posesión en perfección.

La Iglesia es la congregación y reunión de los hombres de todos los tiempos con Dios y entre sí, eternamente.

Unión que, a imagen del subsistente, infinito y coeterno Ser en su intercomunicación familiar de vida trinitaria, empieza en la mente divina, en los planes eternos de Dios para nosotros, por el impulso del Espíritu Santo;

unión que se realiza en el tiempo por la voluntad del Padre, ya que, por y en el amor del Espíritu Santo, el Verbo se hizo Hombre y habitó entre nosotros¹⁹;

unión que se continúa, en nuestra peregrinación, por medio del Espíritu Santo; y que se perpetúa en el Cielo eternamente por medio del mismo Espíritu Santo.

¹⁹ Cfr. Jn 1, 14.

Dios vive en comunión familiar de unidad eterna, tan apretada, que sólo es una Vida, un Ser, una Subsistencia eterna e infinita; ¡tan una, tan una!, que, por perfección unicísima de su realidad, es actividad de vida trinitaria, vivida por las tres divinas Personas en un solo acto inmutable de ser en intercomunicación de hogar;

siendo el Espíritu Santo el que une al Padre y al Hijo en el abrazo eterno de su caridad infinita, y, por lo tanto, el unificador en la vida de Dios, y de los hombres en la tierra por medio de la Iglesia.

La Iglesia es un misterio de unidad, de vida; congregando a los hombres en la unión de la Familia Divina; Familia trinitaria que es tanta unión que, por perfección de su naturaleza divina, sólo es un Ser: el Ser subsistente, coeterno, infinito y trinitario.

La Iglesia es una en la unión del Espíritu Santo, y por eso tiene que ser una en vida, una en criterio, una en doctrina, una en vivencia, una en misión y una en comunicación de bienes y en posesión de ellos.

Y para que sea una en la unidad de Dios, el Espíritu Santo se quedó con el Papa y con los Obispos que, unidos al Papa según el pensamiento divino manifestado por el Unigénito del Padre, tienen su mismo sentir y proclaman la unidad de la Iglesia en su verdad con toda su verdad, en su vida, misión y tragedia.

«Yo rogaré al Padre y os dará otro Abogado que estará con vosotros para siempre... Y cuando viniere Aquél, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia la verdad completa»²⁰.

«Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como al trigo. Pero Yo he rogado por ti, para que no desfallezca tu fe. Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos»²¹.

Pudiendo decir ellos con el Apóstol en todo el sentido de la palabra: «Vivo yo, mas no yo, es Cristo quien vive en mí» y «Éste crucificado»²²;

llenando la misión gloriosa, misionera y universal que el mismo Cristo les encomendó cuando les envió al mundo entero a proclamar el Evangelio:

«Como Tú me enviaste al mundo, así los envió Yo también al mundo. Y por ellos me consagro Yo, para que también se consagren ellos en la verdad».

«El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado».

«Quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado»²³.

La Iglesia es para todos y para cada uno; y a todos y a cada uno necesita repletar de

²⁰ Jn 14, 16; 16, 13.

²¹ Lc 22, 31-32.

²² Gál 2, 20; 1 Cor 2, 2.

²³ Jn 17, 18-19; Mt 10, 40;

Lc 10, 16.

Divinidad como si fuera el único, dándoles su sentido sobrenatural y humano. Para eso Jesucristo se quedó en ella y se nos da por medio de la Liturgia, especialmente en la Eucaristía, para ser todo para todos y cada uno de los hombres, dándose al mismo tiempo y de la misma manera en alimento a todos y a cada uno...

«El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día. Mi Carne es verdadera comida y mi Sangre es verdadera bebida. El que come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en mí y Yo en él»²⁴.

¡Qué rica es la Iglesia, que es la depositaria del misterio divino y la encargada de comunicarlo a los hombres de todos los tiempos con corazón de Padre, expresión de Verbo, bajo el amor, la brisa y el impulso del Espíritu Santo...!

¡Qué rica es la Iglesia, que tiene en su seno al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo viviendo su vida de intercomunicación familiar para sí y, a través de la Iglesia, viviéndola y realizándola para nosotros! «Como el Padre, que vive, me ha enviado, y Yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come, vivirá por mí»²⁵.

¡Qué rica es la Iglesia, que en ella, por ella y a través de ella, el Padre dice su Palabra a los hombres, el Verbo, en un romance de amor,

²⁴ Jn 6, 54-56.

²⁵ Jn 6, 57.

les deletrea su vida en canción en un decir que es obrar, y el Espíritu Santo los congrega para que vivan en intimidad hogareña entre sí y con la Familia Divina...!

Es el Espíritu Santo el que, en la perfección infinita de su ser, tiene unidos en su caridad eterna al Padre y al Hijo en unidad de vida amorosa e infinita; y, como consecuencia, el que, al querer ponerse Dios en contacto con los hombres, por medio de la Iglesia nos congrega, nos reúne y nos asocia en una unidad de felicidad con el mismo Dios; haciendo que, lo que Dios mismo tiene por naturaleza, nosotros lo vivamos aquí por gracia y en el mañana de la Eternidad en el júbilo de su gozo infinito y eterno en la luz gloriosa de los Bienaventurados...

Es el Espíritu Santo el Amor que, en el seno de la Iglesia, nos une al Padre y al Hijo, y el que, al unirnos con el Padre y con el Hijo, une a todos los hombres entre sí: «Padre justo..., les di a conocer tu Nombre... para que el Amor con que me amabas esté en ellos; ¡y Yo en ellos!»²⁶.

¡Qué misión tan grande la del Espíritu Santo en la vida de Dios, que siendo Él el mismo Dios, es la unión que, por perfección de su ser eterno, como Persona divina tiene abrazadas a las divinas Personas en la unidad de su vida!

Y es el Espíritu Santo, por su personalidad divina, el que nos manifiesta y nos hace vivir,

²⁶ Jn 17, 26.

en el seno de la Iglesia, la unidad y en la unidad de la misma Familia Divina, con Dios y entre nosotros.

Por eso, a mayor unión, mayor perfección, mayor felicidad, mayor comunicación con Dios y con los demás...

Y la Iglesia, que es la depositaria de todos los dones recibidos del Altísimo, derramándose en misericordia sobre la humanidad, y la encargada por Cristo de dar la vida divina a todos los hombres, poniéndonos en contacto con nuestro Padre, clama, con el mismo Cristo, desgarrada, insistente y amorosamente:

«Que todos sean uno como Tú, Padre, en mí y Yo en Ti; que también sean uno en nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que Tú me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en mí, para que sean consumados en la unidad y conozca el mundo que Tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a mí»²⁷;

para que se realice la voluntad de Dios de que vivamos todos, unidos en la intimidad de la Familia Divina, la unidad de su ser, y por medio del Espíritu Santo seamos felices en el gozo de Dios:

«Padre, los que Tú me has dado quiero que donde esté Yo estén ellos también conmigo,

²⁷ Jn 17, 21-23.

para que vean mi gloria, que Tú me has dado, porque me amaste, antes de la creación del mundo»²⁸.

La Iglesia es una. Y para repartir la unidad apretada de su vida y llegar a todos y a cada uno, se dispersó, no en pensamiento, no en vida, no en criterio, sino en misión apostólica, para extenderse por todo el mundo.

Y al dispersarse los Apóstoles, para esparcir y manifestar y hacer vivir la unidad de la vida de la Iglesia, se formaron las comunidades cristianas, las primeras diócesis, bajo el amparo paternal y la guía de uno de los Sucesores de los Apóstoles.

Y después, para difundir y repartir aún más esa vida, pudiendo más fácilmente llegar a todos, como los hombres son muchos, se formaron las parroquias. Las cuales tienen la misión de ayudar a su Obispo a comunicar la unidad apretada y riquísima que el Espíritu Santo quiere hacernos vivir, en Él mismo, con el Padre y el Hijo.

La diócesis es la parcela que cada Obispo tiene para dar a los hombres la vida de Dios; a todos y a cada uno; en tal plenitud, que toda la riqueza de la Iglesia es para todos y cada uno.

²⁸ Jn 17, 24.

Una diócesis perfecta tiene que procurar atender a las necesidades espirituales y materiales de los hombres que la integran, y para esto cuenta con sacerdotes y seglares de toda clase y condición.

Todos tienen que vivir la vida de Dios en la unidad del Espíritu Santo; pero no todos tienen que hacer lo mismo, ni en las mismas circunstancias, modos y maneras; sino que, dentro de la misma Iglesia, diócesis o parroquia, cada miembro vivo y vivificante del Cuerpo Místico de Cristo posee su don específico dado por Dios, mediante el cual debe ejercer su peculiar ministerio; pero todos y cada uno con la misma obligación y responsabilidad, según su propia vocación, llenando su misión en el seno de esta Santa Madre con relación a Dios y a los hombres.

El Obispo, como Pastor de la comunidad diocesana, es el responsable de la marcha de toda ella, ayudándose para realizar cuanto le está encomendado de sus sacerdotes. Los cuales, en contacto cercano con los feligreses de sus parroquias, han de formarlos, haciéndoles tomar verdadera conciencia de su cristianismo, para que cada uno de ellos, según el don recibido, lo ejerza para gloria de Dios en servicio de los demás.

El sacerdote es en la Iglesia el encargado por Dios de distribuir, por medio de los Sacramentos y la predicación de la palabra, los do-

nes divinos, así como de responsabilizar a cada uno de los cristianos que le rodean, en su trabajo apostólico. Siendo él el hombre llamado a vivir para las cosas de Dios, ya que Jesús los escogió con predilección eterna «para estar con Él y enviarlos a predicar»²⁹.

«Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y añadió: “Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto”»³⁰.

Por medio de las diócesis y las parroquias, la Iglesia va llegando a todos los hombres; y para llenar su misión, tienen que ser una expresión perfecta de todo el vivir y el sentir de Cristo, como miembros de su Cuerpo Místico. Por eso una diócesis y una parroquia perfecta es la que vive más plena y adaptadamente en sus miembros una unidad completa de vida, de misión, de criterio y de trabajo.

Tienen que trabajar todos a una, pero cada cual llenando su misión, según el don peculiar recibido del Espíritu Santo; poniendo como fin esencial y, por lo tanto, principal, el conocimiento de Dios y de sus misterios que encierra el dogma riquísimo de la Madre Iglesia.

²⁹ Mc 3, 14-15.

³⁰ Lc 24, 45-48.

Pero sin olvidar nunca que esto tiene que llevar, como fruto del contacto con Dios que es caridad, que es unión, que es santidad, a sentirnos impulsados por el Espíritu Santo, unificador en la vida divina y humana, a preocuparnos activamente en los problemas sobrenaturales y humanos de todos y cada uno de los miembros de la Iglesia;

hasta conseguir lo más perfectamente posible que seamos uno como Dios es uno, en comunión de bienes espirituales y materiales, pero sin descuidar cada uno su peculiar quehacer.

Y así como sabemos que los bienes de Dios son repartidos entre todos para utilidad común del Pueblo Santo, la comunidad, repleta de bienes, tiene que procurar llegar a todas las necesidades espirituales y materiales, por medio de los sacerdotes, personas consagradas y seglares; llenando cada uno la vocación que tiene dentro de la misma Iglesia.

Cada miembro en el Cuerpo Místico posee su propio don, dado por Dios, para ejercer su específico ministerio.

«Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todos. Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad»³¹.

³¹ 1 Cor 12, 4-7.

Y si, por falta de auténtica formación, criterio sobrenatural, o responsabilidad, cada uno no pusiera en función su propio don en común unión participativa con los demás, según los planes divinos, habría defraudado a Dios, a la Iglesia, y con ella a todos los hombres y a su propia alma.

Y así, ejerciendo cada miembro su ministerio, y poniendo por obra el bien privado o particular para el servicio de la comunidad; en el ejercicio comunitario entre sacerdotes, almas consagradas y seglares, se puede llegar a todos sin excepción, en irradiación apostólica, extensión y acción espiritual, y, como consecuencia, en extensión y acción de caridad y justicia social o comunitaria.

Y en el transcurrir de los siglos, para ayudar a la Iglesia a cubrir sus necesidades apostólicas y manifestar más abundantemente su riqueza, su vida y su misión, haciéndola más expansiva, y llevarla a todos los hombres, repletándolos con su quehacer apostólico y misionero;

Dios suscita Fundadores, que surgen movidos, bajo la caridad y el impulso del Espíritu Santo, ante las necesidades espirituales y materiales de cada tiempo y todo aquello que el Pueblo cristiano, cumpliendo el mandamiento del amor, necesita vivir y manifestar en beneficio de todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo.

Como estas necesidades son muchas, muchas son y muy abundantes, también, muy ricas y muy hermosas, las fundaciones suscitadas en la Iglesia bajo la luz de la moción divina, para el ejercicio comunitario de la caridad que nos hace uno en el Espíritu Santo;

por el impulso de la gracia que recae sobre aquellos elegidos de Dios e inspirados por el mismo Espíritu Santo, como un dardo divino en lo profundo del espíritu, iluminándolos en su luz y abrasándolos en su fuego. [...]

Por lo que cada una de aquellas fundaciones que el Espíritu Santo directamente inspira —y no movidas por el pensamiento de los hombres—, repletándolas de los dones y frutos de su peculiar carisma, para llenar las lagunas que las deficiencias de muchos dejaron en la Iglesia al no llenar su fin; es como un rayo luminoso del efluvio del pecho divino en raudales de amor lleno de compasión y misericordia con el hombre, para la manifestación del esplendor de la gloria de Yahvé, cumplimiento en expansión y en llenura de sus designios eternos, para el encajamiento de los hombres en los planes divinos, y la perfección y la santificación de las almas.

Y digo «aquellas fundaciones que el Espíritu Santo directamente inspira», porque durante todos los tiempos han surgido en la Iglesia fundaciones con modos y doctrinas extrañas; como también «apariciones» de diversas maneras, a veces tan dudosas y hasta confusas, que, in-

cluso atrayendo a las multitudes, tanto daño han hecho y siguen haciendo a la Santa Madre Iglesia; confundiendo a las almas con su diversidad de maneras extrañas que, al no ser de Dios, perturban y a veces hasta ridiculizan la misión gloriosa, majestuosa, esplendorosa, divina y divinizante de esta Santa Madre, que camina por el destierro, como los Israelitas por el desierto, bajo la luz y al amparo de la sombra del Omnipotente.

Siendo los Sucesores de los Apóstoles los que tienen que discernir y separar el buen del mal espíritu separando el trigo de la cizaña; con la firmeza, el acierto y la seguridad que el Espíritu Santo da a los que son elegidos y conducidos por Él «con mano poderosa y brazo extendido»³².

«Hemos determinado el Espíritu Santo y nosotros no imponeros ninguna otra carga más que las necesarias»³³.

Por lo que hay que cuidar bien el rebaño encomendado por Dios a cada uno; ya que el Padre de las luces, al volver de las bodas, nos pedirá estrecha cuenta de los dones y talentos recibidos:

«A los presbíteros en esa comunidad, yo, presbítero como ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que va a manifestarse, os exhorto: Sed pastores del rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, gober-

³² Sal 135, 12.

³³ Hch 15, 28.

nándolo no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con generosidad; no como déspotas sobre la heredad de Dios, sino convirtiéndoos en modelo del rebaño. Y cuando aparezca el Supremo Pastor, recibiréis la corona de gloria que no se marchita»³⁴.

También Dios quiso siempre, en su designio amoroso e infinito, en la vida de la Iglesia con su misión apostólica y misionera, tener ante sí almas que, dedicadas totalmente a la contemplación, vivieran orando «entre el vestíbulo y el altar»³⁵ y ofrecieran la inmolación de sus vidas en el sacrificio cotidiano para alabanza de la gloria divina y, por el misterio de la comunión de los Santos, para la vitalización del Pueblo de Dios;

ejerciendo su sacerdocio peculiar, como María, la cual, según las palabras de Jesús a Marta, «había escogido la mejor parte»³⁶; y como San Juan en la Última Cena que, reclinado en el pecho del Divino Maestro, penetró en la profundidad de «los misterios ocultos y secretos de Dios»³⁷ —ya que «el que se apoya en el pecho de Cristo se hace predicador de lo divino»³⁸—;

llenando de esta manera, bajo el impulso del Espíritu Santo, su misión apostólica, universal y misionera.

³⁴ 1Pe 5, 1-4.

³⁵ Jl 2, 17.

³⁶ Lc 10, 42.

³⁷ Cfr. Ef 3, 9.

³⁸ Evagrio del Ponto.

Y también todos los llamados directamente a la vida apostólica, han de vivir y trabajar siempre bajo el efluvio del contacto íntimo y prolongado con Dios, que nos hace vivir nuestra filiación divina siendo testigos fieles de Jesucristo en medio del mundo por la vida y la palabra, según la petición de Jesús: «No te pido que los saques del mundo sino que los guardes del Maligno»³⁹. [...]

Si todos procuramos en el seno de la Santa Madre Iglesia, como miembros vivos y vivificantes del Cuerpo Místico de Cristo, ejercer nuestro peculiar sacerdocio según el propio carisma y el don recibido de lo Alto –pero siempre en unión y adhesión al Papa y a los demás Sucesores de los Apóstoles–, buscando primordialmente la gloria de Dios y el servicio de los demás; no se darían tantas deformaciones como hay en el seno de la Santa Madre Iglesia: unos quedándose al margen de lo que tienen que hacer, otros haciendo lo que no les corresponde, y la mayoría sufriendo las consecuencias de nuestra falta de formación, adaptación y responsabilidad cristiana.

Pues, así como Dios da su vida a todos y a cada uno, para que la vivan en unión en Él y con Él y, como consecuencia, en y con los demás, también nos dio la tierra para que la poseyéramos todos y cada uno; gozándonos en la

³⁹ Jn 17, 15.

felicidad que, el disfrute de los bienes dados por el infinito y coeterno Creador, a todos nos corresponde y nos proporciona.

Siendo el no realizar esto según el plan divino, una terrible deformación y una falta de caridad, que equivale a falta de posesión del Espíritu Santo en nuestras vidas; el cual es el que ilumina, ilustra, impulsa y une a todos en el cumplimiento perfecto de los planes divinos.

Por eso, tanto la diócesis como la parroquia y las instituciones religiosas, tienen que promover la repartición, lo más adaptadamente posible, de bienes espirituales y materiales, según las necesidades colectivas y particulares de sus miembros.

Procurando así hacer felices a todos, llenándolos de la abundancia espiritual y material de la Casa del Padre Celestial, y llevándolos al contacto íntimo con Dios y de unos con otros, que no se conseguirá más que en una unidad de caridad en repartición justa de bienes espirituales y materiales:

«El que tuviere bienes de este mundo y, viendo a su hermano pasar necesidad, le cierra las entrañas, ¿cómo podrá morar en él la caridad de Dios? Hijitos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad»⁴⁰.

Cada miembro del Cuerpo Místico de Cristo, en el seno de la Madre Iglesia, en la diócesis,

⁴⁰ 1 Jn 3, 17-18.

en la parroquia, y en todo aquello que el Espíritu Santo, para beneficio del Nuevo Pueblo de Dios, en el transcurrir de los tiempos va inspirando y promoviendo según las circunstancias de cada momento, bajo la aprobación y guía de los Sucesores de los Apóstoles; tiene, dada por Cristo, su misión peculiar.

Y así como el seglar no está llamado por Dios para realizar el Sacrificio del Altar, perdonar los pecados, distribuir los Sacramentos..., tampoco el sacerdote, por su vocación específica, es el llamado a meterse directamente en las cuestiones sociales; aunque sí a formar a los seglares e impulsarlos para que se responsabilicen y resuelvan con mirada sobrenatural y criterio divino esos problemas sociales dentro de su parroquia, dentro de la diócesis, dentro de su comunidad y en la Iglesia; haciéndolo extensivo por ella al mundo entero.

«Los Apóstoles convocaron al grupo de los discípulos y les dijeron: “No nos parece bien descuidar la Palabra de Dios para servir a las mesas. Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de espíritu de sabiduría, y los encargaremos de esta tarea: nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra”»⁴¹.

Es tan importante el papel del seglar en la Iglesia, que, sin él, ésta no llenaría plena y expansivamente su misión, según el pensamiento divino.

⁴¹ Hch 6, 2-4.

Lo mismo que el sacerdote, el cristiano tiene que vivir en familia con Dios, conociendo los secretos del Padre, mediante la recepción del Eterno por medio de los Sacramentos y de sus ratos silenciosos de oración:

«Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante. Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo»⁴².

No creamos que el seglar no necesita conocer a Dios, vivirlo y comunicarlo. Él, dentro de la Iglesia, tiene un sacerdocio místico y universal, capaz de llegar a todos los hombres de todos los tiempos mediante su postura sacerdotal «entre el vestíbulo y el altar», recibiendo al Infinito y comunicándole, siendo testimonio en medio del mundo por su vida y su palabra, como miembro vivo y vivificante del Cuerpo Místico y testigo fiel de Jesucristo, que en su máxima manifestación de amor exclamó: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos»⁴³.

Siendo a su vez el seglar el llamado por Dios, dentro del seno de la Iglesia, para ejercer, así mismo, un ministerio que replete a los hombres de los bienes que, para las necesidades materiales, Dios puso en toda la creación.

El seglar tiene que responsabilizarse activamente, procurando en cuanto esté de su parte, llenar su ministerio con relación a la creación; trabajando para que se dé a cada uno cuanto

⁴² Jn 10, 10; 17, 3.

⁴³ Jn 15, 13.

necesite para cubrir holgadamente sus necesidades, en la repartición perfecta de los bienes de la tierra.

El seglar dentro del seno de la Iglesia, por su sacerdocio místico, ha de vivir frente a Dios y frente a los hombres, siendo antorcha que ilumine con su vida, y encienda con su palabra en el corazón de los hombres el fuego de Cristo: «He venido a prender fuego en la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?»⁴⁴;

y ejerciendo también activamente un sacerdocio de justicia, de paz y de amor, única manera de llenar la misión que el Señor le ha encomendado, por el cumplimiento del deber según su propio estado y profesión, y en el lugar o circunstancia en que se encuentre.

Y así, viviendo en comunicación con Dios y con los hombres y siendo y haciéndose uno en el seno de Dios y desde el seno de Dios con el mismo Dios y con los demás, es testimonio vivo y vivificante de Iglesia en medio del mundo.

El seglar debe también aportar en la Iglesia sus modos de ver, sus sugerencias apostólicas; pero sometiéndose con mirada sobrenatural a los que directamente representan a Dios.

Los cuales, a su vez, tienen que procurar conocer el pensamiento divino para comunicárselo, formarlos y conducirlos según los planes eternos, con la misión y la responsabilidad de estudiar los dones de Dios en ellos, a fin de

⁴⁴ Lc 12, 49.

aprovechar el buen espíritu en favor de los demás y rechazar lo dudoso o dañino. «El que no está conmigo, está contra mí; el que no recoge conmigo, desparrama»⁴⁵.

Llenando su misión el seglar lo mismo que el sacerdote, la Iglesia –por medio de las diócesis, las parroquias y todas aquellas formas o maneras de vivir la perfección del propio estado que el Espíritu Santo suscita dentro del Pueblo cristiano– sería de esta manera el ideal que Cristo ha deseado en su mente divina al fundarla.

Pero muchos de los que tienen que regir al Pueblo cristiano han confundido sus caminos, no viven del Infinito, no gustan de orar, no saben de unidad, de vida divina, no saben de verdadera caridad del Espíritu Santo, y por lo tanto de la voluntad de Dios en su Iglesia: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos»⁴⁶.

Y con ello viven confundidos y confunden a quienes les están encomendados no dándoles la auténtica orientación cristiana de responsabilidad particular y comunitaria.

Por lo cual, a veces, el desorden, la confusión y el desconcierto envuelven a los que nos rodean.

Hay diversas clases de pastores desorientados, incluso entre los Sucesores de los Apóstoles.

⁴⁵ Lc 11, 23.

⁴⁶ Mt 22, 14.

Unos que viven sin darse cuenta de la gran responsabilidad que tienen, no sólo con Dios, sino también con los demás; de forma que sepan dar a cada cristiano que les está encomendado el criterio sobrenatural para los problemas espirituales y temporales, llenando la misión para la que fueron ungidos.

Los fieles en contacto con estos sacerdotes, andan desorientados en medio de un mundo que les pide y exige la verdadera orientación para solucionar toda clase de problemas; y al no comprenderlo, se forman un criterio equivocado del cristianismo y de la propia santidad, pues creen que, sólo en el apartamiento y huida de los hombres, se puede encontrar a Dios.

Llegándose a considerar la perfección o santidad que Cristo nos exige —«sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto»⁴⁷— como algo extraño, incluso inadecuado para vivirlo en el mundo, creyendo que la perfección cristiana es solamente para algunos que se sientan llamados a ese género de vida; renunciando, con eso, a la llenura completa de los planes de Dios sobre su propia alma y, por lo tanto, de su única, esencial, auténtica y verdadera razón de ser;

olvidando que somos Pueblo de Dios, «linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para pregonar el poder del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable»⁴⁸, que tenemos que vivir en medio del

⁴⁷ Mt 5, 48.

⁴⁸ 1 Pe 2, 9.

mundo siendo templos vivos de Dios y morada del Altísimo: «El que me ama guardará mi Palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él»⁴⁹.

Ante lo cual, los seculares se hacen meros espectadores pasivos dentro del Santo Pueblo de Dios; con lo que la acción apostólica, riquísima y universal de la Madre Iglesia, la Nueva y Celestial Jerusalén, «prometida a nuestros Padres, a Abraham, Padre de todos los creyentes, y a su descendencia para siempre»⁵⁰, ha quedado desfigurada y hasta disminuida considerablemente. [...]

Con eso el corazón del hombre, creado por Dios para poseerle y, por lo tanto, con exigencias de grandeza, plenitud y expansión, se experimenta defraudado ante el ejemplo raquíutico que le ofrecen esos sacerdotes, encargados de darles el verdadero, amplio y universal sentido del cristianismo.

Por lo que, a veces, los cristianos bajo su custodia pastoral viven como endurecidos ante los problemas de los demás, y se despreocupan de ellos; llegando a parecerles normal que sus hermanos vivan en la miseria y casi mueran de hambre, mientras otros, como el rico epulón, derrochan en la abundancia.

Siendo esto un gran daño para la Madre Iglesia que, quedando desfigurada, la hacemos

⁴⁹ Jn 14, 23.

⁵⁰ Lc 1, 55; cfr. Rm 4, 16.

aparecer ante los demás como algo extraño y egoísta.

Hay otros sacerdotes que parece viven sólo para su provecho personal, empleando casi todas sus capacidades en buscar los primeros puestos y en acumular el máximo número de cargos con sus consiguientes remuneraciones económicas; anteponiendo de este modo su provecho personal y gloria humana a la gloria de Dios y al bien de las almas. ¡Pobres de ellos! ya que «el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado»⁵¹.

Éstos son los pastores asalariados que se apacientan a sí mismos, aunque aparenten, muchas de las veces, sentir gran celo por las almas y por la Santa Madre Iglesia.

«¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No son las ovejas lo que tienen que apacentar los pastores? Os coméis su enjundia, os vestís con su lana; matáis las más gordas, y las ovejas no las apacentáis. No fortalecéis a las débiles, ni curáis a las enfermas, ni vendáis a las heridas; no recogéis las descarriadas, ni buscáis las perdidas, y maltratáis brutalmente a las fuertes. Al no tener pastor, se desperdigaron y fueron pasto de las fieras del campo»⁵².

Desgraciadamente el daño que durante todos los tiempos estos pastores han hecho a la Esposa

⁵¹ Lc 14, 11.

⁵² Ez 34, 2-5.

de Cristo, el Cordero Inmaculado y sin mancha, es incalculable. Pues los hombres, que en su mayoría viven sólo para los bienes de la tierra, no son capaces de ver en ellos la grandeza del Sacramento sacerdotal que los constituye en ministros de Dios, distribuidores de sus dones sagrados, intercesores ante la Santidad Infinita y servidores de sus hermanos y del Señor, al cual voluntaria y libremente se consagraron para buscar su gloria y la extensión de su Reino.

Mientras que otros sacerdotes, también desorientados, sin vivir en comunicación con Dios, sin conocerle, sin saber bien los criterios divinos y, por lo tanto, sin asimilar la vida de la Iglesia, abandonando su peculiar misión por falta de mirada sobrenatural, se dedican casi exclusivamente a los asuntos temporales; usurpando a los seglares la hermosa responsabilidad que Dios les confió en el seno de la Iglesia.

Promueven directamente, perdiendo el verdadero sentido de su vocación, todos los problemas económicos, sociales, políticos, etc.;

poniendo a veces a cuantos les rodean en alteración y malestar, en una despreocupación casi total de Dios, y haciendo del hombre, creado para el Infinito, un ser completamente humano; olvidando que el fin primordial y esencial de su existir es vivir de Dios y glorificarle; el cual nos creó sólo y exclusivamente para que le poseyéramos llenando todas las exigencias y capacidades de nuestro corazón sediento de Dios: «Como

la cierva busca corrientes de agua, así mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo»⁵³, que ante la excelencia de su perfección, al conocerle, nos hace romper en un Santo eterno en necesidad vehementísima de amarle, adorarle y glorificarle.

Pero la mayoría de las veces la criatura racional, engolfada en las cosas de la tierra, margina a Dios y hasta le menosprecia, sin reconocer que hay que dar «a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César»⁵⁴; anteponiendo los derechos humanos al derecho divino del que es Rey de reyes y Señor de los que dominan y tiene en sí su subsistencia coeterna y su suficiencia infinita; y al que únicamente se le debe todo honor y gloria con su Unigénito Hijo, Jesucristo, ante el cual «toda rodilla se doble en el Cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre»⁵⁵.

Por lo que al anteponer lo humano a lo divino los fieles se desorientan con el peligro de confundir a los demás e incluso hasta arrastrar a las masas y separarlas de Dios; pues el hombre es espíritu y carne y, por lo tanto, tiene que vivir su doble faceta para llenar la perfección completa y acabada de su realidad.

Pero como la vida del espíritu es misterio y sólo es apercibida por los que con sincero corazón, espíritu sencillo y alma abierta, buscan

⁵³ Sal 41, 2.

⁵⁵ Flp. 2, 10-11.

⁵⁴ Mc 12, 17.

a Dios; ante ese plan de renovación humana, el hombre, que normalmente vive de los sentidos, se siente atraído; llegando a olvidar, incluso posponer y menospreciar, en su inconsciencia y falta de luz, las riquezas más íntimas, profundas y sagradas del espíritu, perdiendo su verdadero sentido y razón de ser.

Y así como el primer sacerdote, del que más arriba hablaba, confundía a las almas y desfiguraba la faz hermosa y resplandeciente de la Madre Iglesia por medio de su vida raquítica, este último se hace peligroso para la misma Iglesia; llegando en su atolondramiento hasta a abofetear a la misma Madre de la cual nació, la que le sustenta y la que le llevará a gozar eternamente, si al fin muere en gracia, de la gran dicha que el ser Iglesia Católica, Apostólica, cimentada en la roca de Pedro, nos proporciona con la posesión del Inmenso Ser.

Estos pobres sacerdotes presentan a los que les siguen una Iglesia completamente terrena y humana; llegando en su falta de visión sobrenatural y desatino, a rebuscar y a manifestar los defectos que, al transcurrir de los tiempos, la multitud de los hijos de la Iglesia, por no conocerla, hemos plasmado en su rostro, rebo-sante de divina hermosura y de santidad, donde Dios se refleja como en espejo sin mancha.

Y con esto confunden y arrastran a las masas que, junto a él, se rebelan contra la Iglesia, representada especialmente en el Sucesor de San Pedro y en los demás Sucesores de los Apóstoles.

«Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que Yo os escogí sacándoos del mundo, por eso el mundo os odia»⁵⁶.

«Cuando eras más joven, tú mismo te ceñías e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieres»⁵⁷.

Para estos sacerdotes no hay mirada sobrenatural, no hay obediencia; no saben de criterio divino, son completamente humanos: «campana que retiñe»⁵⁸ sin dar frutos de vida eterna para las almas.

Y los pobres que caen en su contacto se hacen como ellos; sacando y rebuscando los defectos de la Iglesia y sus Pastores.

Los cuales tienen, mantienen y comunican el gran tesoro que Cristo encomendó a sus Apóstoles; aunque, como dice San Pablo, «llevamos ese tesoro en vasos de barro»⁵⁹ que, en cualquier momento, alguno de ellos se puede quebrar o romper; y en el transcurrir de los tiempos, con su diversidad de costumbres y modos personales, puede suceder lo que el apóstol San Pablo dice en su carta a los Gálatas: «Cuando yo vi que no andaban con pies de-

⁵⁶ Jn 15, 18-19.

⁵⁸ 1 Cor 13, 1.

⁵⁷ Jn 21, 18.

⁵⁹ 2 Cor 4, 7.

rechos conforme a la verdad del Evangelio, dije a Cefas delante de todos: “Si tú, siendo judío, vives a lo gentil y no a lo judío, ¿cómo fuerzas a los gentiles a judaizar?”⁶⁰.

Quedando siempre como baluarte y faro inextinguible de la verdad las palabras de Jesús: «Y vosotros ¿quién decís que soy Yo? Simón Pedro tomó la palabra y dijo: —Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo.

Jesús le respondió: —¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el Cielo.

Ahora te digo Yo: —Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia y el poder del infierno no la derrotará»⁶¹.

Y así la comunidad de todo el Colegio Apostólico, se hace ánfora preciosa repleta de Divinidad, para saturar a todos los hombres que de buena voluntad quieran encontrar la verdad en toda su verdad, la paz y la justicia en la verdadera caridad.

Unido a todo esto, hoy, como siempre, hay también en la Iglesia miembros de mala voluntad, «lobos disfrazados con piel de oveja»⁶² y manso cordero, que, «apareciendo como ángeles de luz»⁶³ e instigados por los espíritus malignos, que andan sueltos, trabajan y maquinan

⁶⁰ Gál 2, 14.

⁶² Mt 7, 15.

⁶¹ Mt 16, 15-18.

⁶³ 2 Cor 11, 14.

para dispersar el rebaño en la tenebrosidad de la noche que les envuelve; y van confundiendo al Pueblo cristiano con sus astucias diabólicas y los fogonazos, sólo aparentemente luminosos, pero cegadores, de la oscuridad de sus corazones entenebrecidos y de sus actuaciones torcidas; filtrándose en la Iglesia en los episcopados, en el sacerdocio, seminarios, el pueblo consagrado, y en todos aquellos modos y lugares donde eficazmente se procura trabajar para la gloria de Dios y bien de las almas—según manifestaba un miembro arrepentido de una secta diabólica— para desfigurarla, haciéndola reventar desde dentro.

«Yo sé que después de mi partida vendrán a vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño, y que de entre vosotros mismos se levantarán hombres que enseñen doctrinas perversas para arrastrar a los discípulos en su seguimiento»⁶⁴.

Por lo que el mismo Jesús nos alertaba:

«Dejadlos crecer juntos hasta la siega, y cuando llegue la siega diré a los segadores: Arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla y el trigo almacenadlo en mi granero»⁶⁵.

Los enemigos de la Iglesia traman, en la noche de la confusión asfixiante que nos envuelve, llena de humanismo y terribles y abominables concupiscencias, toda clase de maqui-

⁶⁴ Hch 20, 29-30. ⁶⁵ Mt 13, 30.

naciones confusas y diabólicas, para denigrar a esta Santa Madre, saturada de santidad y sublime y divina hermosura y, con ella, a los elegidos de Dios y a aquellos que la representan —«No toquéis a mis ungidos, no hagáis daño a mis Profetas»⁶⁶—; sin saber que El que Es está fuertemente airado y encendido en celos por su esposa, la Iglesia.

A la vez que cada hombre pasa veloz por el dramático peregrinar de esta vida; para llegar al fin del encuentro con el Eterno, los que «lavaron sus túnicas en la Sangre del Unigénito de Dios»⁶⁷, hecho hombre por amor, y «están marcados en sus frentes con el sello de Dios y del Cordero, que quita los pecados del mundo»⁶⁸. «No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino»⁶⁹.

Mientras que los que obstinadamente se rebelan contra el Infinito Creador y sus planes eternos, caen, como de sorpresa, para siempre, con la rapidez de un rayo, en el Abismo insondable de la perdición, «donde el fuego es inextinguible, entre llanto y recrujir de dientes»⁷⁰.

¡Qué gran necesidad tenemos de pastores y sacerdotes santos que sepan darnos a cada uno el criterio sobrenatural que oriente el vivir de cada cristiano para que podamos llenar la voluntad de Dios, individual y colectivamente, en

⁶⁶ Sal 104, 15.

⁶⁷ Cfr. Ap 7, 14.

⁶⁸ Cfr. Ap 14, 1; Jn 1, 29.

⁶⁹ Lc 12, 32.

⁷⁰ Mc 9, 48; Mt 13, 42.

el seno de la Iglesia, de la diócesis, de las parroquias y diversidad de comunidades; haciéndose extensivo a todos los hombres por la misión universal que Cristo dio a su Iglesia, bajo la voluntad del Padre y el impulso y el amor del Espíritu Santo!

Pues, la mayoría de las veces, el pueblo consagrado no sabe hacer vivir a los cristianos, mediante su vocación, misión y postura sacerdotal, la verdadera vida con relación a Dios y a los hombres...

Y todo porque han perdido el contacto íntimo y familiar con el Espíritu Santo, santificador, iluminador e impulsador de la vida eclesial.

Al no vivir de Él, tampoco viven del Padre y del Hijo; como consecuencia, no conocen el pensamiento divino, no pueden comunicarlo ni expresarlo con el Verbo, y la acción del mismo Espíritu Santo en ellos es prácticamente nula.

Por eso, se hacen fanfarrones, alteradores del orden, y hasta egoístas, desconcertando y desorientando a los fieles, de la verdadera realidad profunda y honda de miembros vivos del Cuerpo Místico de Cristo, que todos tenemos que vivir;

llegando a convertirse muchos de ellos, «escogidos por Jesús para estar con Él y mandarles a predicar», en «piedra de escándalo»⁷¹ y ruina de las almas; conduciéndolas por caminos extraviados con pies torcidos;

⁷¹ Mc 3, 14-15; 1 Pe 2, 8.

desfigurando el dogma riquísimo de la Santa Madre Iglesia, que hay que manifestar en sabiduría amorosa a todos, «con ocasión y sin ella, oportuna e inoportunamente»⁷² —«si uno se pone de mi parte ante los hombres, Yo también me pondré de su parte ante mi Padre del Cielo. Y si uno me niega ante los hombres, Yo también lo negaré ante mi Padre del Cielo»⁷³— bajo la intimidad, el impulso y la fuerza irresistible e incontenible del Espíritu Santo, para que «el conocimiento de Dios llene la tierra como llenan las aguas el mar»⁷⁴.

En el seno de la Santa Madre Iglesia, y en el transcurrir de los siglos, se han introducido o filtrado grandes y diversas deformaciones; ya que, al ser tan divina por Cristo, su real Cabeza, «Rey de reyes y Señor de los que dominan»⁷⁵, como humana por sus miembros, en su parte humana está siempre expuesta a divergencias, aunque en lo accidental.

Por lo cual hay épocas en que se manifiesta más el esplendor de su realidad divina y divinizante, la hermosura de su rostro, la esplendidez de su juventud siempre antigua y siempre nueva, la realeza de su Cabeza y la fortaleza de sus miembros.

Y otras en las que, ante la presentación asfixiante y sofocante de las deformaciones de

⁷² 2 Tim 4, 2.

⁷³ Mt 10, 32-33.

⁷⁴ Is 11, 9.

⁷⁵ Ap 19, 16.

muchos de sus hijos, especialmente de aquellos que la tienen que pastorear, y del pueblo consagrado;

los cuales tan desolada y despavoridamente la desfiguran, desencajados de los planes coeternos de Dios, que se nos desbordan, en derramamiento, desde el Seno del Padre, por Cristo y en el impulso, la fuerza y el arrullo infinito del Espíritu Santo, bajo la Maternidad universal de María, Madre del Amor hermoso, por y en el ánfora preciosa de la Santa Madre Iglesia, repleta de santidad y divina hermosura;

ésta aparece, como Cristo en Getsemaní, postrada en tierra y llorosa, jadeante y encorvada, según el Señor me lo mostró el día 6 de enero de 1970.

Presentándola a veces tan desolada que, como su divina y real Cabeza, «ni figura humana tiene», ante el ultraje de los que la maltratan e intentan deformarla, escupiéndola en su divino rostro; y, al no conocerla bien, les da lo mismo que sea divina o humana, santa o pecadora; y llegan, en la locura de su insensatez, hasta, menospreciándola, a abandonarla.

Siendo ella, como el Señor también me hizo ver el día 23 de enero de 1971, cual «¡torre fortificada!», ¡inconmovible!, ¡invencible!, ¡terriblemente inmensa!, ¡por encima de todo lo creado! Tan hermosa que era capaz de enloquecer al mismo Dios de amor por «la hermosura de su rostro»⁷⁶, el manantial de su vida, su misión esplendorosa, su dolor sangrante y su repletu-

⁷⁶ Ct 2, 14.

ra de Divinidad; deslizándose desde su divina y real Cabeza, por todo su Cuerpo Místico, empapándolo «como el unguento que, desde la cabeza de Aarón, caía por su barba hasta la orla de sus vestiduras»⁷⁷.

Por lo cual hay momentos de verdadera tragedia para la Madre Iglesia.

La Iglesia es rica, santa, hermosa con la misma santidad y hermosura divina que la engalana y ennoblece; una, como Dios es uno en su Trinidad de Personas; Católica y Apostólica, que, cimentada en la Roca de Pedro, nos manifiesta y nos da la vida divina; llena de verdad, de justicia y de paz, de amor y caridad, de riqueza, de igualdad; repleta, en una palabra, de maternidad universal.

Quiere a todos sus hijos iguales y, por lo tanto, necesita repartirles a todos su herencia riquísima, llena de los dones divinos que Cristo depositó en su seno para llenar y repletar a todos los hombres de Divinidad: a todos los que vengan a vivir bebiendo de los afluentes que brotan de su costado abierto:

«El que tenga sed que venga a mí y beba y Yo le daré de balde del agua de la vida». Pero «me dejaron a mí que soy Fuente de aguas vivas y se cavaron cisternas y cisternas rotas»⁷⁸.

⁷⁷ Sal 132, 2.

⁷⁸ Jn 7, 37; Ap 21, 6; Jer 2, 13.

Y para manifestar todo este rejuvenecimiento de la faz hermosa de la Iglesia, surge el Concilio Vaticano II, rebotante de plenitud y sabiduría, de justicia, verdad y amor; inspirado por Dios a Juan XXIII, «acogiendo –según él mismo manifestaba el 25 de enero de 1959– como venida de lo Alto, una voz íntima de nuestro espíritu».

El Concilio viene –según palabras de Pablo VI en el Discurso de apertura de la Segunda Sesión, del 29 de septiembre de 1963– para:

«El conocimiento, o si se prefiere de otro modo, la conciencia de la Iglesia, su reforma, la reconstrucción de la unidad de todos los cristianos, y el coloquio de la Iglesia con el mundo contemporáneo».

«Creemos que en este Concilio Ecuménico el Espíritu de la verdad encenderá en el cuerpo docente de la Iglesia una luz más radiante e inspirará una doctrina más completa sobre la naturaleza de la Iglesia, de modo tal que la Esposa de Cristo en Él se refleje, y en Él, con ardentísimo amor, quiera descubrir su propia imagen, aquella belleza que Él quiere resplandezca en ella».

«Si alguna sombra o defecto, al compararla con Él, apareciese en el rostro de la Iglesia o sobre su veste nupcial, ¿qué debería hacer ella, como por instinto, con todo valor?

Está claro: reformarse, corregirse y esforzarse por devolverse a sí misma la conformidad con su divino modelo que constituye su deber fundamental».

«Solamente después de esta obra de santificación interior, la Iglesia podrá mostrar su rostro al mundo entero diciendo: “El que me ve a mí, ve a Cristo”, como Cristo había dicho de sí: “El que me ve a mí ve al Padre”»⁷⁹.

«Existe un tercer fin que toca a este Concilio y que constituye en cierto sentido su drama espiritual..., y se refiere a los otros cristianos..., a los que no tenemos la dicha de contar unidos en perfecta unidad con Cristo.

Unidad que sólo la Iglesia Católica les puede ofrecer..., unión que no se puede alcanzar sino en la unidad de la fe, en la participación de unos mismos Sacramentos y en la armonía orgánica de una única dirección eclesialística...».

«La mirada sobre el mundo nos llena de inmensa tristeza al contemplar tantas calamidades: el ateísmo invade parte de la humanidad y arrastra consigo el desequilibrio del orden intelectual, moral y social del que el mundo pierde la verdadera noción.

Mientras aumenta la luz de la ciencia de las cosas, se extiende la oscuridad sobre la ciencia de Dios y consiguientemente sobre la verdadera ciencia del hombre; mientras el progreso perfecciona maravillosamente los instrumentos de toda clase de que el hombre dispone, su corazón va cayendo hacia el vacío, la tristeza y la desesperación».

⁷⁹ Jn 14, 9.

Pero, hijos de la Santa Madre Iglesia, la Jerusalén Universal y Celeste, fundada por Cristo y encomendada a sus Apóstoles; el Pueblo Santo de Dios está envuelto por una densa y asfixiante nube de confusión llena de oscuridad que nos penetra por todas partes, ya que según palabras también de Pablo VI, «el humo de Satanás se ha filtrado por las grietas del Templo de Dios»⁸⁰.

Por lo que para dar su verdadero sentido y auténtica orientación a los hombres, ha surgido el Concilio Vaticano II, con la gran misión de desentrañar, recalentar y reavivar nuestro dogma riquísimo, dándonoslo desmenuzado en sabiduría amorosa; y haciendo como una revolución cristiana dentro del seno de la Iglesia, según mi alma lo expresaba bajo la luz del pensamiento divino y la moción del Espíritu Santo el día 21 de marzo de 1959.

Y así, presentando al mundo el verdadero rostro de la Madre Iglesia, que aparecía antigua y envejecida por nuestros pecados y deformaciones;

todos los hombres vinieran a su seno a vivir y a beber hasta embriagarse de su plenitud de verdad, de vida, de amor y de justicia;

e incluso retornaran los hermanos separados que se fueron de la Casa paterna por no conocerla bien, y desorientados marcharon a otros

⁸⁰ Pablo VI, Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, 29-6-1972.

apriscos, «extraviados tras los rebaños de sus compañeros»⁸¹ ante la desfiguración y caricatura que de ella hemos hecho.

Surge el Concilio con el ansia de hacer vivir más profunda y adaptadamente la Liturgia, de llegar a todas partes, de meterse en todos los ambientes, de reformar costumbres accidentales externas;

en una palabra, de rejuvenecer la faz hermosísima, riquísima y resplandeciente de la Iglesia, llena de la hermosura y sapiental sabiduría con que Cristo la engalanó y repletó el día de sus Bodas eternas, depositando y perpetuando en ella todo el misterio profundo de su vida, muerte y resurrección gloriosa.

Para que así la Iglesia nos haga vivir la misión esencial que el Unigénito de Dios, hecho Hombre, depositó en su seno de Madre.

Por lo que el Concilio viene para presentarla tal cual es, de forma que los hombres, al mirarla, vean el rostro de Dios en ella;

«para robustecer los corazones vacilantes y las rodillas temblorosas»⁸², esclareciendo la verdad en toda su verdad, que la Santa Madre Iglesia contiene en sus ánforas divinas y divinizantes;

para vitalizar y repletar a todos los hombres con la misma vida divina que Cristo nos trajo y manifestó por la voluntad del Padre, bajo la fuerza y el impulso del Espíritu Santo.

⁸¹ Cfr. Ct 1, 7.

⁸² Is 35, 3.

Pero, como anteriormente indicaba, al presentar lo que es la verdadera vida de la Iglesia con su misión gloriosa y santificante, aparecen patentemente las deformaciones que en su seno, al transcurrir de los tiempos, la mayoría de sus hijos han formado.

Y entonces, en vez de alegrarnos y unirnos con el Papa y los Obispos para ayudarles a esta auténtica renovación, la soberbia se rebela –¡oh terrible pecado por el cual Luzbel, volviéndose contra Dios le dijo: «No te serviré»⁸³, abriéndose, como consecuencia, el Abismo insondable de la perdición para él y todos sus secuaces– y, como Luzbel, los hombres se ciegan...!;

y al descubrir a la Iglesia cargada con las miserias de sus hijos y encorvada con tanto peso, se vuelven contra ella, y una vez más la abofetean, escupiéndola en su divino rostro y hasta menospreciándola.

No quieren reconocer con humildad, por falta de luz y amor, por una parte, la riqueza, la hermosura y la misión de la Esposa del Cordero que, tras sus noches cerradas de Getsemaní, nos habla con «Cristo y Éste crucificado»⁸⁴;

al mismo tiempo que la carga que lleva sobre sí por nuestras propias miserias, pecados y rebeliones, como la de nuestros Primeros Padres en el Paraíso terrenal, con la consecuencia funesta de la rotura de los planes eternos

⁸³ Jer 2, 20.

⁸⁴ 1 Cor 2, 2.

de Dios; el cual nos creó a su imagen y semejanza⁸⁵ sólo y exclusivamente para que le poseyéramos, llenando todas nuestras capacidades con la posesión en participación del disfrute gloriosísimo y dichosísimo de su misma vida divina, entrando en las bodas eternas de Cristo con su Iglesia.

Como en todas las renovaciones, la Iglesia se examina a sí misma, y va estudiando prudentemente las maneras de llevar a cabo la propia reforma que, en su parte humana, considera necesaria.

Y guiada por el Espíritu Santo, bajo su orientación, prudencia y equilibrio, ateniéndose a las circunstancias y mentalidad de todos sus hijos; para no defraudar a unos y turbar a otros, va a su tiempo, pausada y prudentemente, mediante la presentación en sabiduría amorosa de su dogma riquísimo, manifestando la voluntad de Dios que Él, a través del Concilio, quiere irnos mostrando.

Pero la mayoría de los cristianos, por su falta de equilibrio, andan desconcertados.

Unos quieren ir demasiado de prisa, mientras que otros se resisten a aceptar el cambio de criterio que la Iglesia necesita en cada momento; sin ajustarse, por ambas partes, al paso mesurado, sapientísimo y prudente de la Santa Madre Iglesia.

⁸⁵ Cfr. Gén 1, 26.

Haciéndola andar en su caminar con gran dificultad y soledad ante su determinación de perfeccionamiento y renovación; siendo incomprendida por la mayoría de sus hijos, ya que la diversidad de criterios crea la confusión, llena de perturbación y discordia: «Los pensamientos de los hombres, ¡cuán vanos son!», la vida del hombre es «como paja que arrebatada el viento»⁸⁶.

Mientras el enemigo se frota las manos con la desorientación, desunión y desencajamiento de muchos de los miembros del Cuerpo Místico de Cristo; la Iglesia, en sus propósitos de renovación, necesita como nunca ser comprendida, conocida y amada, vivida y manifestada en su misterio infinito de verdad, de justicia, de paz y de amor; que se nos comunica por medio del Sucesor de Pedro y los demás Sucesores de los Apóstoles que, en comunión con él, forman, perpetuándolo, el Colegio Apostólico y Episcopal.

Muchos de los cuales reciben en sí la incompreensión y el desprecio de los cristianos, que, al perder la mirada sobrenatural, se revuelven contra ellos; apartándose de este modo de la verdadera y auténtica armonía que nos pide la unidad de la Iglesia en el misterio de su vida, misión y tragedia; perdiendo al mismo tiempo la intimidad y amistad con Dios. [...]

⁸⁶ Sal 93, 11; 1, 4.

La Iglesia es Santa, es Una y es Apostólica; que, bajo la Sede de Pedro, tiene que vivir y manifestar su auténtica realidad, tan divina y trascendente, como creada y humana.

Es Santa porque el mismo Dios mora en ella, es su Cabeza, y le comunica el misterio de su vida, su misión universal y su santidad, que se nos da mediante los Sacramentos y los dones, frutos y carismas del Espíritu Santo;

impulsándonos a vivir de Dios y manifestarlo a los hombres de todo pueblo, raza y nación: «Id al mundo entero y proclamad la Buena Noticia a toda la creación bautizando a todos los pueblos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... El que crea y se bautice se salvará; el que se resista a creer será condenado. Y sabed que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»⁸⁷.

La Iglesia es Santa porque es la congregación en reunión de todos los hombres, por Jesucristo en el seno de María, viviendo con el Padre y el Espíritu Santo su filiación divina.

Es Una, y tiene que mantenerse una en la unidad de sus miembros, a imagen y reflejo del mismo Dios, que es uno en su Trinidad de Personas.

Y, para que fuera una, Cristo, que es su Cabeza, la hizo su Cuerpo Místico en la diversidad y unión de sus miembros, como el Padre

⁸⁷ Mc 16, 15-16; Mt 28, 19-20.

y el Hijo son uno, y están unos en los otros congregados y abrazados en el amor del Espíritu Santo: [...]

Las divinas Personas son y tienen una sola vida, un solo ser, sido y poseído por cada una en sí misma y en las otras divinas Personas, en sus relaciones y por sus relaciones, en un acto inmutable de abarcación infinitamente simplicísimo y consustancialmente divino.

Por lo que Dios es tan uno en su ser como trino en sus Personas; siéndose unas en las otras y estándose unas en las otras siendo lo que son y haciendo lo que hacen en su acto simplicísimo de inmutabilidad divina.

¡Dios es un misterio de unidad y quiere que todos seamos uno como Él mismo, según las Palabras de Jesús: «Que todos sean uno, como Tú, Padre, en mí y Yo en Ti..., que sean uno como nosotros somos uno.

Yo les di a conocer tu nombre, y se lo daré a conocer, para que el Amor con que me amabas esté en ellos, ¡y Yo en ellos!»⁸⁸.

Ya que «cuando venga el Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad plena»⁸⁹.

La Familia Divina quiere decirse, en un dicho que es obrar amorosamente su vida, a los hombres.

El Padre nos la dice por su consustancial Palabra en cántico de amor eterno en el seno de la Virgen, que «daría a luz un hijo, el des-

⁸⁸ Jn 17, 21-22. 26.

⁸⁹ Jn 16, 13.

cendiente de la estirpe de David, al cual pondría por nombre “Emmanuel, Dios con nosotros”»⁹⁰, bajo el arrullo amoroso e infinito del Espíritu Santo, que mediante el misterio de la Encarnación, la hace romper en Maternidad divina de tal forma que el Verbo se hizo Hombre y habitó entre nosotros.

El Hijo, que es la Palabra del Padre en Explicación, se lanza al seno de María, uniéndose hipostáticamente en desposorio eterno e indisoluble a una humanidad que en Él, por Él y para Él, ha sido creada a imagen de su infinita perfección.

Y en María y por María, cumpliéndose la voluntad del Padre y en el amor del Espíritu Santo, la naturaleza humana y la naturaleza divina se unen en la persona del Verbo.

Así se obra la unión de Dios y el Hombre en el seno de María, en un romance de amor; mediante lo cual el Verbo Infinito nos dice su vida en canción divina y humana.

Pero, al encarnarse el Verbo en María, se trae consigo al Padre y al Espíritu Santo, ya que el Verbo siempre mora en el seno del Padre y en la unión del Espíritu Santo.

Y el Verbo Encarnado recoge en sí a los hombres de todos los tiempos y los trae consigo al seno de María; obrándose en la Señora, en y por el misterio de la Encarnación, la unión de todos los hombres con Dios; comenzando entonces, aunque en germen, la fundación de la Iglesia.

⁹⁰ Mt 1, 23; cfr. Jer 33, 17.

Ya que la Iglesia es la congregación y reunión de todos los hombres, por Jesucristo, con el Padre y el Espíritu Santo, en el seno de María, bajo la Maternidad divina y universal de la Virgen, Madre, Reina y Señora de la Encarnación.

La Iglesia es un misterio de unidad, ya que Dios nos creó a todos para que viviéramos de Él y con Él, de su misma vida, y para que, injertados en Cristo, como los sarmientos en la vid, viviéramos unidos también entre nosotros en comunicación de bienes espirituales, y, como consecuencia, materiales.

Por lo que la Santa Madre Iglesia es la manifestación perenne y perpetua de esta voluntad de Dios aquí y después en la Eternidad. Es misterio continuo de unidad de vida, de criterio y de bienes.

Y para que esto se mantenga y se perpetúe según los designios eternos de Dios, el Espíritu Santo, que es el amor y la unión de las divinas Personas en la Familia Divina, se quedó en la Iglesia, con Cristo que continua su misión divina y redentora, y con el Padre que manifiesta su voluntad durante todos los tiempos, por medio del Papa y de los Obispos que, en comunión con el Sucesor de San Pedro, vivan y defiendan la unidad y la verdad en toda su verdad, siempre antigua y siempre nueva, que se encierra, se perpetúa y se nos comunica en y

desde el ánfora preciosa de la Santa Madre Iglesia, repleta y saturada de Divinidad.

Por lo que en la medida que los sacerdotes, el pueblo consagrado y los seglares, llenen su misión en unidad de criterio y en sumisión a los que representan a la Iglesia; en esa medida la voluntad de Dios se manifestará y obrará en nosotros el misterio de su vida por el amor del Espíritu Santo. «Donde hay unidad y amor allí está Dios»⁹¹. [...]

Y la Iglesia, que es invencible, inalterable, incommovible, santa, una, perpetua, la que recogió la misión de los Apóstoles para continuarla en el tiempo y perpetuarla en la Eternidad; es desconocida, ultrajada por la mayoría de los hombres que, al no conocerla bien, volviéndose contra ella, la menosprecian y hasta la maltratan; y por muchos de sus mismos hijos que, al ver la tragedia en que se encuentra por nuestros propios e innumerables pecados, se rebelan contra ella.

¡Oh soberbia de la mente del hombre, que quieres anteponerte al criterio de la Iglesia, que quieres arrollar con tus prisas y violencias su doctrina pacífica, pacificadora y unificadora...!

¡Pobrecitos hombres, y entre ellos, a veces, muchos de los suyos, sacerdotes y miembros del pueblo consagrado!, que por su poca vida

⁹¹ Antífona de la «Cena del Señor».

interior y, como consecuencia, su sobra de naturalismo, se están rebelando contra sus mismos principios; cargándole a la Iglesia Madre, llena de santidad, una culpa que ella en sí, por sí no tiene, sino que somos nosotros mismos, que unas veces pensando de una manera y otras pensando de otra, damos a la Iglesia una fisonomía desconocida, deformada, desconcertante y desfigurada. [...]

Por lo que es necesario, miembros vivos del Cuerpo Místico de Cristo, que nos unamos en una unidad de vida, de criterio y de apostolado. [...]

Por lo que hemos de renunciar a nuestros modos personales todos los miembros de la Iglesia; y cada uno con su peculiar y propio carisma, recibido por la voluntad del Padre, la Palabra del Hijo, bajo el impulso y la fuerza del Espíritu Santo, unirnos al Sucesor de San Pedro y a nuestros Obispos queridos; y, junto a ellos, formar, en ayuda mutua y unicísima, la gran familia de los hijos de Dios en el seno universal de la Santa Madre Iglesia; procurando tender a la mayor unidad de criterio en la sobreabundancia de la diversidad de apostolados que abarque a todos y llene y replete a todo el Pueblo Santo de Dios.

Pero que ninguno que se sienta miembro vivo y vivificante del Cuerpo Místico de Cristo se quede al margen de este quehacer. Y todos estarán contentos, se sentirán responsables y colaborarán con la Iglesia, llenando su misión individual y colectiva. [...]

Por lo que es necesario que en la Iglesia universal, en cada diócesis, cada parroquia, centro o grupo apostólico se procuren solucionar sus problemas cristianos de relación con Dios y con los hombres, en la diversidad de dones, carismas y modos de apostolado.

Hagamos todos unidos, siendo uno como Dios es uno, el Pueblo de Dios en pequeño que se nutre, se fortalece, se alimenta y se ayuda entre sí como una verdadera familia.

Y así como la Familia Divina, en diversidad de Personas, tiene un solo ser por perfección de su misma naturaleza divina;

y así como el Papa y los Obispos tienen que estar unidos en una misma doctrina, en un mismo espíritu, en una misma misión y en una ayuda mutua;

hemos de unirnos todos a ellos para ser uno, como Dios es uno, y para formar con Cristo, por Él y en Él, el misterio de unidad que es la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo con todos sus miembros, cimentada en la Roca de Pedro y cobijada bajo su Sede —«Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que forméis comunidad con nosotros; pero nuestra comunidad es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestra alegría sea completa»⁹²—. [...]

Y la Iglesia aparecerá como es: Una, Santa, Católica y Apostólica, unida bajo el cayado del

⁹² 1 Jn 1, 3-4.

Buen Pastor, que, como Cristo, «da la vida por sus ovejas»⁹³;

Aparecerá hermosa, repleta de Divinidad y apetecible; de forma que los que la conozcan tal cual es, correrán a embriagarse en sus eternos manantiales, y las llamas de Yahvé nos penetrarán en su caridad eterna «porque tu nombre es perfume derramado, por eso te aman las vírgenes, y tus amores son más suaves que el vino»⁹⁴, uniéndonos a través del Papa y de los Obispos con la Familia Divina, formando en ellos «un solo Rebaño y un solo Pastor»⁹⁵.

Y ésta será la manera de que vengan todos los hombres de la tierra a beber y a vivir en el gran banquete del Padre de Familias, que se está celebrando en el seno de la Iglesia peregrina; para reunir después, como Iglesia triunfante, a todos sus hijos en el Festín divino y gloriosísimo de las bodas eternas de Cristo con su Esposa, la Nueva y Celestial Jerusalén; donde viviremos eternamente, entonando, en unión con todos los Bienaventurados y Ángeles de Dios, el cántico nuevo, el cántico magno que sólo Dios puede cantarse; dando gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén. [...]

⁹³ Jn 10, 15.

⁹⁴ Ct 1, 2-3.

⁹⁵ Jn 10, 16.

15-8-1973

NOSTALGIAS CARGADAS DE ESPERANZA...

Mis días van pasando con nostalgia
en horas de misterios silenciados,
clamando en mi añoranza por llenuras
que repleten las promesas del pasado.

Suspiro por el Cielo...;
en tenues melodías lo barrunto,
y clamo, tras mis noches, por un vuelo
que me muestre en su esplendor
la luz del Verbo.

En clamores se pierden mis lamentos
por el día del Amor,
sin la noche feroz de densos velos.

Mi vida es la nostalgia de un recuerdo...;
de un recuerdo repleto de promesas
escuchadas en romances de misterio:
¡nostalgia de Infinito
que anhelo en mis adentros...!

Pero también, si miro hacia el pasado,
escucho un dulce acento clamoroso:

«Tus hijos son mis hijos,
repleto está tu seno
con la fecundidad de mis graneros.

Yo soy Padre de almas –clama el Verbo–
que avasallo en mi fuerza al mundo entero.

Tú eres: Esposa amada, Iglesia mía;
repleta estás de hijos
como de estrellas repletos están los cielos,
como los mares repletos están de gotas
que, cual perlas, rebosan de su seno.

Obra de Iglesia te hice en mis designios:
misteriosa misión que envuelve un gran secreto».

Nostalgia son mis días...,
nostalgia de un pasado
que oprimo en el misterio del silencio.

Amor de amores, Llenura de mis ansias,
Cautivador de dones,
Esposo que fecunda mi *alma-Iglesia*;
mis hijos son las glorias de mis días,
que expresan tus loores;
aquella descendencia
que en promesa me brindaste,
y aquel pueblo potente
que, contigo a la cabeza, ha de mostrarte.

Legión de Cristo, furiosa hueste
que lucha por el Reino del Inmenso,
¡avanza, no te canses, grita fuerte!,
que Dios confía en tus victorias,
llenando la promesa que en mí ha puesto.

¡Valiente, hijo querido, no descanses,
canta al Verbo!

¡Valiente!, Dios espera de los frutos de tu vida
tras la noche sangrante del destierro.

Alza tu voz, «Fruto de mis conquistas»;
jayán te quiero y luchador de amores,
sin cansarte en tu marcha hacia los Cielos.

Te quiero ver valiente y mensajero,
y águila real que pasa en su volar
sin mancharse sus alas por el suelo;
te quiero Cristo en canciones de Verbo,
en sacrificio oculto y silenciado
tras la sonrisa dulce del misterio.

Hijo querido, fruto de las promesas
que el Infinito Amor diera a mi pecho,
corona de mi vida,
gloria de mis anhelos,
descanso de mis días,
cumplidor del mensaje
que, en promesa callada y de misterio,
para ayudar a su Iglesia dolorida,
el Amor Infinito,
con el beso de su boca, dio a mi seno.

Hijo querido, Dios te espera, yo te espero,
confiando en el mensaje que en ti he puesto.

Eres la gloria de mis esperanzas
tras la nostalgia que me lleve al Cielo.

Colección
Luz en la noche
El misterio de la fe

n^o 15



Ediciones La Obra de la Iglesia

2,00 €

ISBN 84-86724-29-5



9 788486 724290